

Trabajo y sindicatos: Nun, Godio.

Los congresos pedagógicos: Puiggrós, Vezzetti.

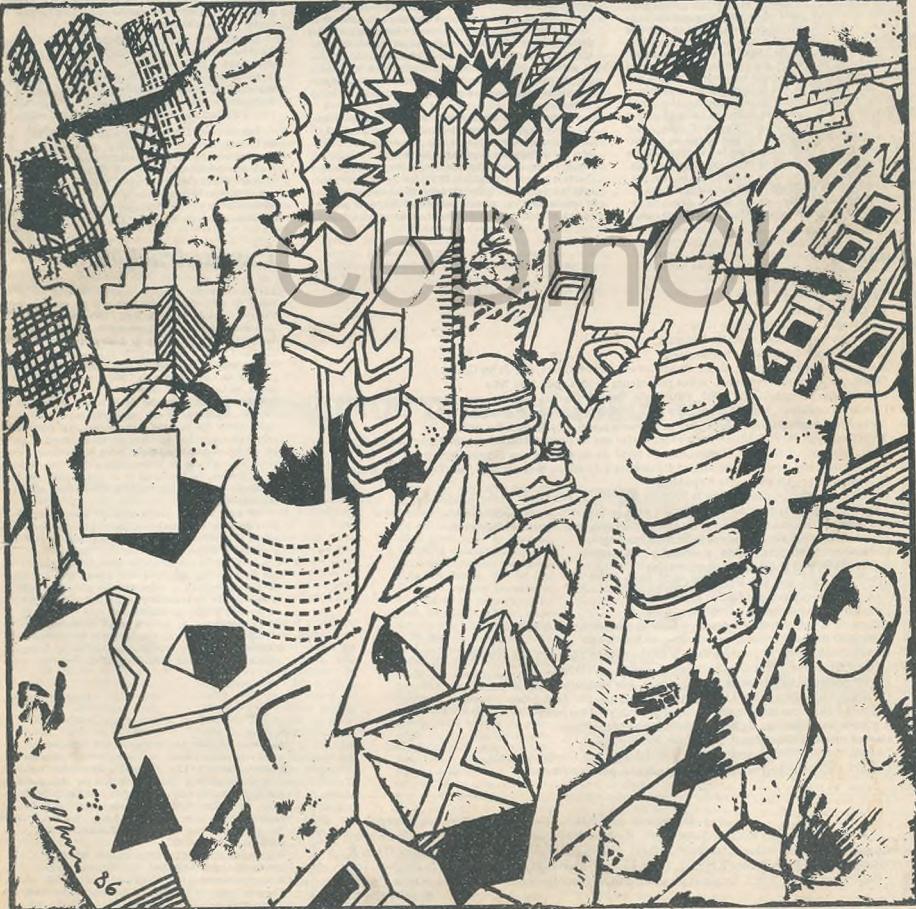
Democracia, socialismo, liberalismo: Bobbio, Rocard,

Hirschman, Leis, Dotti, De Ipola.

Suplemento/1: *¿Una Segunda República?*: Terán, Portantiero,
Nudelman, D'Alessio, Schmucler, Canal Feijóo, Reboratti.

La Ciudad Futura

Revista de Cultura Socialista dirigida por José Aricó, Juan Carlos Portantiero y Jorge Tula. Número 1, agosto de 1986



Nicaragua ante el Síndrome de Vietnam

Aunque en 1985 EU anunció que no reconocía a la Corte Internacional de Justicia de La Haya jurisdicción para actuar en el caso de Centroamérica, lo cierto es que ese tribunal dictó sobre el apoyo norteamericano a los "contras" nicaragüenses constituye un fallo ejemplar que, junto a la significación de su contenido, pone de relieve algunas peligrosas componentes de la política exterior regañina.

Básicamente aparece en primer plano el despotismo absoluto de EU hacia los pactos constitutivos de la comunidad internacional y su recurrente apelación al uso de la fuerza por encima de cualquier otra forma de resolución negociada de las diferencias. Las experiencias de Grenada y Libia son claros ejemplos. En el primero, se violaron los principios fundantes de la legislación internacionalmente aceptada, sino también desoyendo los impuestos reclamos de la ONU. En el caso de Libia, los únicos límites que EU reconoció fueron los que le impuso el riesgo de fósforos dentro de su principal alianza militar, la OTAN. Y ahora, tras la intervención abierta apoyando a la guerrilla antiamericana en Centroamérica, la ONU y sus socios de la carta de las Naciones Unidas y su Grupo de Apoyo, más su desprecio por el dictamen de La Haya, son, todos, testimonios de una simple verdad: Estados Unidos no reconoce ningún tipo de compromiso que pueda poner en cuestión su autosegundo derecho a intervenir económica, política y militarmente allí donde se le ocurre.

Así, si el ataque a Libia no resultó mayor o más prolongado fue, simplemente, para no lesionar demasiado las relaciones internas de la Nato y no porque hayan surgido algún efecto los pactos previos o los reclamos del resto de la comunidad de países. Y, técnicamente (como ante Granada), en tanto se ubicaba dentro de la zona de influencia natural de EU, casi presa de la lógica de

bipolaridad, que somete a cualquier otra consideración.

Es decir, Estados Unidos se ha colocado como el jefe de la bipolaridad y ha optado de manera categórica por el campo de la fuerza. "Debemos quitarlos de encima el Síndrome de Vietnam", propuso Reagan el 17 de marzo de 1980 en una suerte de programa de política internacional, y evidentemente sabe cumplir sus propósitos. Pero la cuestión se torna aun más grave porque ya no se trata sólo de un "poderío" que se impone a través de ofrecer soluciones arcaicas y simplistas a problemas nuevos y complejos. En esta ocasión lo que está en escena es una decisión que también involucra al congreso norteamericano, ya que al votar la ayuda a la guerrilla nicaragüense la Cámara de Representantes institucionalizó la intervención norteamericana, dándole el respaldo de una autoridad aceptable, sino también desoyendo los impuestos reclamos de la ONU. En el caso de Libia, los únicos límites que EU reconoció fueron los que le impuso el riesgo de fósforos dentro de su principal alianza militar, la OTAN. Y ahora, tras la intervención abierta apoyando a la guerrilla antiamericana en Centroamérica, la ONU y sus socios de la carta de las Naciones Unidas y su Grupo de Apoyo, más su desprecio por el dictamen de La Haya, son, todos, testimonios de una simple verdad: Estados Unidos no reconoce ningún tipo de compromiso que pueda poner en cuestión su autosegundo derecho a intervenir económica, política y militarmente allí donde se le ocurre.

Tal vez, para quitarles de encima el Síndrome de Vietnam, Reagan haya optado por la creación de un nuevo "Vietnam" donde el triunfo final y el imperio del capitalismo se realice en el interior del orgullo nacional. Entretanto, Nicaragua sigue teniendo por delante el desafío de construir una sociedad moderna y democrática bajo condiciones cada vez más difíciles donde la resolución de cuestiones como la lucha contra el atraso y la pobreza, y entre la vida urbana y rural y la pluriabilidad, resultan dramáticamente condicionadas por la defensa de la soberanía y la dignidad nacional.

Ese, es el rol objetivo de Ubaldini, esto es, lo que hace dar él un nuevo Lazzaretto. El rol subjetivo de Ubaldini intenta restringir la política, de tanto permitir redoblar una vez más que el mundo autoritario de la corporación de trabajadores argentinos es *extremadamente pobre*. El hecho que en Argentina no haya sido viable la implantación social de un gran partido socialista y, en consecuencia, la creación de una cultura obrera elevada, ha traído como corolario a la expansión monetaria, componente altamente desestabilizadora.

Para desenmascarar que el milenarismo ubaldinista opera como marco ideológico de una práctica político-sindical reformista-conservadora, es necesario tener

Sindicalistas

Lazzaretistas,

A fines del siglo XIX surgió en Italia, en la Toscana, un movimiento milenarista de protesta que se conocido como lazzaretismo por llevar el nombre de Giuseppe Lazzaretti, quien se autodenomina Messias o Papa, y fijó como objetivo de su movimiento campesino el ocupar Roma y establecer el Reino de Dios en la tierra bajo la forma de utopía campesina igualitaria. Obviamente, fracasó.

1. Milenarismo y ubaldinismo

Podría afirmarse que Saúl Ubaldini es una versión local de Lazzaretto? Su imagen de muchacho de barrio, colocado por las circunstancias como guía popular de los "pobres", y su discurso lineal, que remarcó incesantemente que los trabajadores sólo "creen en lo que palpan", esto es en el aumento de salarios, parecerían encajar en la teoría del "lazzaretismo" entre aquel y este nuevo protestismo social.

Bobbio señalaba, a propósito de la cuestión del equilibrio internacional, que la lucha entre las potencias es una lógica de la guerra, donde para Reagan el comunismo es "un mal absoluto" que debe ser extirpado a hierro y fuego, porque lo que se plantea obviamente no es paz ni victoria. Y esto es lo que ubaldinismo desencadenó en las entrañas de Comodoro y su Grupo de Apoyo, más su desprecio por el dictamen de La Haya, son, todos, testimonios de una simple verdad: Estados Unidos no reconoce ningún tipo de compromiso que pueda poner en cuestión su autosegundo derecho a intervenir económica, política y militarmente allí donde se le ocurre.

Así, si el ataque a Libia no resultó mayor o más prolongado fue, simplemente, para no lesionar demasiado las relaciones internas de la Nato y no porque hayan surgido algún efecto los pactos previos o los reclamos del resto de la comunidad de países. Y, técnicamente (como ante Granada), en tanto se ubicaba dentro de la zona de influencia natural de EU, casi presa de la lógica de

fijar sus límites en la teoría corporativista de la "Comunidad Organizada" y de la protesta sindical reclamacionista como estilo de acción sindical.

2. Milenarismo y conservación

Pero, para la política práctica, lo que interesa en el caso de Ubaldini no es sólo desenmascarar el universo cultural de los trabajadores que legitima su carisma, sino ante todo el efecto *real* de su discurso y sus demandas sindicales en el presente en general y el sistema político en particular.

Como penetramos en este último

desestabilizadores y renovadores

Julio Godio

Ubaldini encarna un grito de protesta social, y ése es el fundamento de su carisma. Muestra, una vez más, que el mundo cultural de la mayoría de los trabajadores argentinos es extremadamente pobre. Pero esa pobreza de cultura política no es patrimonio exclusivo de ellos: se extiende, casi siempre, a toda la dirigencia política argentina.

4. Un malentendido peligroso

En rigor debe reconocerse que la actual confrontación CGT-Gobierno, que ya originado seis paros generales desde 1984 a la fecha, tiene en gran medida su origen en las dificultades de la UCR para comprender el problema sindical. Actitudes típicas de la UCR han facilitado que el "milenarismo pasivo" siga teniendo su fundamento en prácticas sociales e ideológicas en crisis, es decir en el peronismo tradicional.

¿Qué expresan realmente el ubaldinismo y la práctica actual de la CGT? El ubaldinismo vive ambientalmente a doce fenómenos contradictorios en el interior del peronismo. Por un lado sirve al intento de restablecer la idea de los sindicatos como "fábrica de poder", y al mismo tiempo, a través de la resistencia sindical, de desarticular un poder sindical peronista que impide el desdoblamiento entre trabajadores y ciudadanos, esto es entre productor y gobernante y poten-

cializado, como ocurrió en las recientes elecciones en Comercio en Capital Federal.

¿Cuál es el problema central que impide a la UCR establecer una línea coherente en el campo sindical? Simplemente que el partido permanece atado a viejos modelos ideológicos, políticos y orgánicos que le impiden para su partido libertad de acción. La CGT ha facilitado que el "milenarismo pasivo" siga teniendo su fundamento en prácticas sociales e ideológicas en crisis, es decir en el peronismo tradicional.

La incomprensión del mundo sindical en la UCR tiene, como hemos señalado, su fundamento en la filosofía y estructura del partido. Pero, para la historia actual, es el resultado de una lectura incorrecta de la evolución electoral a partir del "cambio sindical". Estos resultados exitosos porque era verdadera y se correspondía con la coyuntura política. Era verdadera porque denunciaba una vieja práctica sindical que tiende a priorizar los compromisos corporativos y que consiste



cial volante de la UCR. Esta postura suele ser mistificada ideológicamente, aunque lamentablemente con razón, a partir de las prácticas corporativas y golpistas realizadas en grupos de la cúpula sindical. Pero lo central es reducir el peronismo al 30% del electorado.

La UCR tiene grandes dificultades para establecer una estrategia sindical porque es una fuerza dividida entre la CGT y un sector articulado en "altas de notables", lo cual impide que pueda trazarse una estrategia sindical homogénea a través de estructuras partidarias verticales, por ejemplo a través de un Buró Sindical Nacional.

Como consecuencia de lo señalado la UCR carece de una estrategia sindical, aparte de parte del movimiento sindical, pese a que cuenta con el apoyo del estado, pudiendo utilizar la experiencia histórica argentina producida por Perón a través de la Secretaría de Trabajo y Previsión (1943-1945).

a) la inevitable política económica estabilizadora y sus efectos sobre los trabajadores;

b) respetar la "lógica interna" del mundo sindical y buscar los puntos de convergencia entre los requerimientos tanto del plan estabilizador como del movimiento sindical.

Es necesario señalar que dentro de los 25 en sectores sindicatos independientes existió ya en 1983 una disposición favorable para un acuerdo peronista-radical en relación a ambos temas.

Una política correcta del gobierno en el campo sindical habría implicado dar el paso:

a) Restablecimiento reparador, no efectivo, de las leyes 20.165 de Asociaciones Profesionales y 14.250 de Negociaciones Colectivas, y pase a las cámaras de diputados y senadores para su actualización.

b) Puesta en marcha de negociaciones colectivas según un cronograma acordado a partir de 1986. Normalización del Instituto Nacional de Obras Sociales como primer paso hacia una reforma del sistema.

c) Una primera medida habría bloqueado a los sectores sindicatos comprometidos con la dictadura militar y habiese adelantado el actual proceso de renovación sindical peronista, al que el resultado espléndido de la elección legislativa electoral "apagó el sindical-militar". Esto habría resultado exitoso porque era verdadera y se correspondía con la coyuntura política. Era verdadera porque denunciaba una vieja práctica sindical que tiende a priorizar los compromisos corporativos y que consiste

en que los sectores sindicatos unificadores de los paros —sustitutos generales— y defensa del patrimonio sindical hubiesen logrado consenso en los sindicatos.

Tal política, en su conjunto, habría facilitado que la influencia cultural del establecimiento de la democracia se extendiera en el interior del sindicalismo para corregir errores de acción y búsqueda de plataformas sindicatas renovadoras.

En cambio elegir el camino de "torcer el brazo" al adversario es sumamente peligroso, porque estimula en el interior del sindicalismo la búsqueda de aliados capaces de apuntalar los brazos de la dictadura militar, y en el exterior, la derecha de las fuerzas armadas, en la alta jerarquía eclesiástica y en el mundo empresarial. La política de torcer el brazo dificulta a los sectores sindicatos peronistas renovadores y a las listas plurales para vencer internamente a los sectores corporativistas y buscar acuerdos establecidos entre la CGT y la UCR.

Dada la importancia de las instituciones del "Poder Ejecutivo" y de "sindicatos" en el sistema político argentino, una confrontación prolongada y etílica entre Gobierno-CGT puede estimular a corto plazo a los aventureros partidarios del "golpe institucional", golpe de mano que pretende derribar a la CGT y establecer un débil canales de convergencia entre radicales y peronistas para establecer el "Poder Fundacional" y, seguidamente, crear condiciones para la emergencia de un movimiento cívico-militar nacionalista católico de derecha con participación del peronismo ortodoxo.

Es fundamental que el movimiento sindical no entre en conflicto entre tomar el comando nuevo de la acción sindical en la democracia o volver a la antigua ruta de los pactos corporativos antidemocráticos. La primera elección implica renovar el estilo de acción sindical y dotarla de contenidos movilizadores, participativos y societarios estos últimos requerirían páginas de acuerdo y compromiso. Y la segunda elección es continuar la política de la confrontación exclusivamente en materia salarial, recibiendo así el programa abierto de los 26 Puntos.

Lamentablemente en la confrontación entre la CGT y la UCR no tercieraron corrientes de centro que pudieran ser fuente de unidad o del radicalismo. De ahí la importancia crucial que ambos contendientes perciban que su confrontación irracional puede conducir nuevamente a sucesos como los de los años 1966 o 1976.

La Nación

Unos de los directores de *La Ciudad Futura* fue aludido en dos oportunidades por un columnista del diario *La Nación*. Las menciones incluyeron errores de ortografía y, en la voluntad del periodista, un ánimoadamente injerente. Con fecha 17 de julio de 1985 fue entregada en mano una respuesta. *La Nación* es una opositora tenaz del derecho de réplica, al que lo considera una imposición autoritaria. ¿Cómo podrá ser calificado el derecho que, en cambio, posee *La Nación* de negarse a público —o al menos de retardar hasta tornarlas inócuas— las respuestas de quienes son afectados por sus notas?

Buenos Aires, 17 de julio de 1986

Señor Director de *La Nación*

Quizás la excesiva generosidad del Sr. Attilio Cadorn, firmante de la columna "La semana política" que publica *La Nación* todos los domingos, haya motivado a que en poco más de un mes mi nombre sea mencionado en varias veces de una manera quisiera limitar el derecho a opinar sobre mi persona y mis actividades, pero me interesaría rectificar algunos errores de información:

1. El Sr. Cadorn parece suponer que he vivido en Venezuela. Quisieraclarificar que mi residencia, durante los años de la dictadura militar, estuvo fijada en la ciudad de México.

2. El Sr. Cadorn cree que pertenezco a la Fundación Plural, institución con la que no mantengo ni he mantenido ninguna vinculación, salvo el haber publicado en el último número de su revista un artículo sobre la problemática de la democracia política, que le recomendaría refe-

rse blanca cuando digo negro y viceversa.

Por fin, hay en la nota una afirmación veraz: soy "ex miembro del Partido Comunista", organización de la que fui excluido, junto con un grupo grande de amigos, en 1963, esto es, hace exactamente 23 años. Me creo que ninguna de esas afirmaciones son ciertas, porque son absolutamente falsas.

3. El Sr. Cadorn no sólo comete errores de ortografía y de gramática, sino que, además, se equivoca en la interpretación de la información que publica. La frase "que se

Alianza EDITORIAL

NOVEDADES

A.L./4. ITALO CALVINO
"PALOMAR"

La última novela del gran autor italiano recientemente fallecido

A.B./11. PATRICIA HIGHSMITH
"LA CASA NEGRA"

Los más recientes cuentos de la conocida autora norteamericana

OTROS TÍTULOS EN "ALIANZA LITERATURA"

A.L./1. SILVINA OCAMPO
"LOS DÍAS DE LA NOCHE"

A.L./2. ANTONIO DI BENEDETTO
"SOMBRIAS, NADA MAS..."

A.L./3. JORGE LUIS BORGES
"LOS CONJURADOS"

Distribuidor Exclusivo
DISTASA, Av. Córdoba 2064 (1120) Bs. As.

Desocupación y supervivencia

Mitos por cuenta propia

José Nun

Expulsados de la industria, un sector de trabajadores devino cuentapropista. Abandonó sus cadenas, dicen algunos. ¿Pero qué porcentaje se convirtió en trabajador autónomo? ¿Se trata de una forma de movilidad social o más bien de una estrategia de supervivencia? El mito de los cuentapropistas felices, dice Nun, no resiste al análisis.

Hay que conseguir un plomero; vienen las ocupaciones en el corto plazo es la Encuesta Permanente de Hogares (EPH) que realiza el Instituto Nacional de Estadística y Censos. Y lo que viene es lo más limitado: cubre básicamente áreas urbanas y, dados sus objetivos, sirve para medir relaciones entre categorías pero es muy poco confiable como registro de las magnitudes absolutas de la ocupación y del empleo en las zonas relevadas. Sin embargo, es de aquí que proviene la cifra oficial: que en la "desocupación" existen listas secretas de dimisión de 352.000 asalariados industriales y del aumento proporcional en el número de cuentapropistas que habría ocurrido entre 1974 y 1985.

Pero para no complicarnos, tomemos como buena esta información. ¿Qué nos indica? Que entre esos años hubo cierta migración de los trabajadores asalariados de los puestos de trabajo urbanos sin que sepamos todavía qué les sucedió a las personas concretas que los desempeñaban. ¿Quiero decir: si los 382.000 supuestos expulsados de la industria se hubiesen convertido, por ejemplo, en barrenderos municipales y, en ese interinato, una cantidad similar de empleados municipales se hubiesen establecido en el sector manufacturero. Los cambios ocupacionales sería la misma y nadie podría sostener que los ex-trabajadores se transformaron en trabajadores autónomos.

Precisamente para tratar de entender mejor algunas de estas cuestiones, en 1980 el Ministerio de Trabajo hizo una

encuesta entre cuentapropistas del Gran Buenos Aires, a partir de los listados de la EPH y de otros casos que se agregaron.⁴

¿Qué dice este estudio? Que solo alrededor del 28% los trabajadores por cuenta propia (TCP) entrevistados habían sido antes asalariados industriales.⁵ Si ya esto agrieta considerablemente las bases del mito, hay todavía dos circunstancias a tomar en consideración. La primera es que, aunque 2 de cada 3 TCP se habían asalariado en 1974, solo el 21% de ellos discriminó la ocupación anterior según fecha de iniciación de las actividades; y hay razones para suponer que aquel porcentaje fue todavía inferior en el período más reciente.⁶ La segunda, es que una cosa es averiguar de dónde vienen los TCP encuestados y otra distinta saber dónde fueron a parar los trabajeros expulsados de la industria. Es decir, que el informe señala el porcentaje de los residentes argentinos que nacieron en Italia no es lo mismo que conocer qué porcentaje de los italianos que se fueron de su país llegaron a la Argentina. (Los autores del informe parecen ignorar esta diferencia. Por eso concluyen, sin más, que "se ha desarrollado un fuerte movimiento —voluntario o involuntario— de emigración de los trabajadores al trabajo independiente" [p. 94]. En estos juicios de expertos se encuentra el mito.)

Rentengamos, entonces, aquella proporción escasamente espectacular del 28% y veámos que otros indicadores más o menos confiables se pueden reunir. Conozco uno que, dentro de las cifras oficiales, permite estimar la tasa de cesantía de los obreros que habían sido masivamente despedidos dos años y medio antes que las plantas de Fiat y de Charrúa. Quien resultaba de los datos del '70 que 1 de cada 3 cesanteados se había establecido por cuenta propia, esto es, un porcentaje bastante superior al de los más recientes. Vale decir, entonces, que las tasas de los años 80 no parecen inusualmente altas y se inscriben en una línea de tendencia que no es nueva. Pero se trata de una inscripción sobre todo cuantitativa: al examinar sus contenidos se advierte de inmediato que hubo un cambio; y fue para peor.

2. ¿Una opción atractiva?

La enorme heterogeneidad del sector cuentapropista le quita valor a cualquier generalización no controlada sobre el tema. ¿Qué sentido tiene hablar, por ejemplo, de un "índice promedio" de la tasa de cesantía de los trabajadores despedidos, operadores de "masas de dinero", dueños de boutiques, festejos, ilustradores, y vendedores ambulantes? Sin embargo, es precisamente a este tipo de generalizaciones que se acude cada vez que se sostiene sobre qué el conjunto de los TCP ganan más que los asalariados.

El estudio oficial del cuentapropismo realizado por el Ministerio de Trabajo confirma lo que digo: en 1980, los ingresos medios del 20% superior de la muestra eran 7 veces más altos que los del 20% inferior, una dispersión que excede en mucho a la que ocurre entre los ingresos de los asalariados. Lamentablemente, el modo en que se presentan los datos solo permite discernir del total a los TCP que no empleaban mano de obra, es decir, a un subconjunto que sigue siendo extremadamente heterogéneo. Pero hasta hacer esto para advertir que sus ingresos eran menores que las remuneraciones medianas que percibían en la misma época los trabajadores industriales. De todas maneras (y aun, insistir, poniendo a un lado la gran dispersión que existe en ese TCP) una cosa queda clara: la tasa de cesantía de los trabajadores que habían sido despedidos por la empresa no era menor que la de aquellos que incorporaron al cálculo la desprotección social del trabajador independiente, el costo de los factores de producción que

relativas para intentar ubicarse por su cuenta si fuera tan fácil y conveniente hacerlo.

La primera de esas fuentes es una encuesta oficial realizada en el período estudiado por Chirapez.⁷ Siete meses después del cierre de la fábrica, únicamente un 23% del personal obrero había pasado al cuentapropismo, cifra contrastable con el 21% que estaba desocupado y con por lo menos un 9% que se hallaba claramente subempleado.

La otra fuente es una encuesta que hace el año pasado a obreros despedidos por Fiat y Peugeot (entre otras plantas) en su segundo semestre de 1981 y primeros meses de 1982. Unos tres años y medio después del cierre, sólo un 27% de estos trabajadores eran cuentapropistas (y un 16% de los despedidos estaban total o parcialmente desocupados).

Las dos encuestas se basaron en muestras representativas de los trabajadores.

La primera impresión anterior, basada en la facilidad de acceso al cuentapropismo que destaca *La Nación*, la información existente indica que, en la última década, probablemente no más de 1 de cada 4 obreros expulsados de la industria se convirtió en trabajador autónomo.

Desde luego, cabe preguntarse si esta proporción es menor en el período inmediatamente anterior. Para responder, habría que contar obviamente con datos comparativos. Los provee en parte (no sé qué existan otros) una encuesta que realizó en 1970 a una muestra representativa de los trabajadores que habían sido masivamente despedidos dos años y medio antes que las plantas de Fiat y de Charrúa. Quien resultaba de los datos del '70 que 1 de cada 3 cesanteados se había establecido por cuenta propia, esto es, un porcentaje bastante superior al de los más recientes. Vale decir, entonces, que las tasas de los años 80 no parecen inusualmente altas y se inscriben en una línea de tendencia que no es nueva. Pero se trata de una inscripción sobre todo cuantitativa: al examinar sus contenidos se advierte de inmediato que hubo un cambio; y fue para peor.

Aquí resulta particularmente instructivo lo que cito de los datos de mi encuesta de 1970: "En la muestra de 2.000 despedidos de Fiat y de Charrúa que pasaron al trabajo autónomo pudieron instalar sus propios talleres (la mayoría, de reparación de automotores), y únicamente un 35% del total se consideró perjudicado por la cesantía". Más aún, al tiempo de las entrevistas los ingresos medios de estos trabajadores se habían incrementado en un 18% respecto de los que ellos mismos percibían al ser despedidos. Congruentemente con esto, tan sólo 1 de cada 5 TCP se manifestó interesado en volver a trabajar en la fábrica que lo había expulsado. Se dirá, claro, que eran otros tiempos. No podría estar más de acuerdo, pero si justamente por tanto casi casi todos se quedaron teniendo para la dramática realidad de estos últimos años y hacer creer que, para los trabajadores, las cosas fueron menos graves de lo que se dice.

3. El proceso de fragmentación

Vuelvo a mis preguntas iniciales. Ante todo, la evidencia disponible hasta ahora para el Gran Buenos Aires de ninguna manera autoriza a sostener que hubo un trasvaseamiento generalizado de los trabajadores a la industria al cuentapropismo. Despues, nada indica que en la última década la mayoría de los obreros despedidos que no se quedaron por la empresa hayan estado mejor que si hubiesen podido continuar en sus anteriores empleos. En otras palabras, antes que una forma de movilidad social, el cuentapropismo parece haber sido, sobre todo, una estrategia de supervivencia. Despues, luego, hacen falta nuevos estudios empíricos en un campo que, por lo demás, es relativamente amplio. ¿Por qué? Porque, por lo menos, habría que incorporar al cálculo la desprotección social del trabajador independiente, el costo de los factores de producción que

moviliza y, muy especialmente, el mayor esfuerzo que tiene a desplegar: según ese mismo estudio, 2 de cada 3 TCP trabajaban hasta más de 45 horas por semana.

La encuesta directamente estas cuestiones, aunque los autores infieren al perceptor que lo hacen por Chirapez.⁸ Siete meses después del cierre de la fábrica, únicamente un 23% del personal obrero había pasado al cuentapropismo, cifra contrastable con el 21% que estaba desocupado y con por lo menos un 9% que se hallaba claramente subempleado.

La otra fuente es una encuesta que

se puso por su cuenta y sacaron conclusiones asertivas. Fueron absortos, nuevamente por el sector industrial (aunque la mitad pasó entorno a trabajar en establecimientos pequeños). El cuadro se modifica drásticamente en 1985: sólo 1 de cada 3 despedidos que no convirtieron en TCP "genuinos" logró encontrar otra vez trabajo en fábrica, con el añadido que casi la mitad de los semiocupados (que pasaron a ser TCP) se dieron insatisfechos con su actividad.

La encuesta que hace el año pasado y a la que otras permiten avanzar en estos constataciones. Del 27% de los despedidos por Fiat y Peugeot que se pusieron por su cuenta, casi la mitad se declaró perjudicado por la cesantía y sólo un 14% se declaró satisfecho con su nueva situación. (También en este caso un 76% pasó a comercio o servicios). En cuanto a sus ingresos, para poder evaluarlos mejor los comparó con las remuneraciones de una muestra de obreros de Fiat de características y antigüedad similares, que pudieron seguir trabajando en la fábrica y la mediana de ingresos reales de tales obreros era por lo menos superior en un 20% a la de los TCP encuestados, sin tomar en cuenta que éstos carecían de estabilidad y de beneficios sociales y que el 84% trabajaba más de 10 horas por día 6 ó 7 días por semana. En estas condiciones, dadas las particularidades que uno puede experimentar al ser despedido, quién resultaba de los datos del '70 que 1 de cada 5 de estos cesanteados convertidos en trabajadores autónomos rechazase la idea de volver de inmediato a la empresa que lo despidió si ésta le diera la oportunidad.

Aquí resulta particularmente instructivo lo que cito de los datos de mi encuesta de 1970: "En la muestra de 2.000 despedidos de Fiat y de Charrúa que pasaron al trabajo autónomo pudieron instalar sus propios talleres (la mayoría, de reparación de automotores), y únicamente un 35% del total se consideró perjudicado por la cesantía". Más aun, al tiempo de las entrevistas los ingresos medios de estos trabajadores se habían incrementado en un 18% respecto de los que ellos mismos percibían al ser despedidos. Congruentemente con esto, tan sólo 1 de cada 5 TCP se manifestó interesado en volver a trabajar en la fábrica que lo había expulsado. Se dirá, claro, que eran otros tiempos. No podría estar más de acuerdo, pero si justamente por tanto casi casi todos se quedaron teniendo para la dramática realidad de estos últimos años y hacer creer que, para los trabajadores, las cosas fueron menos graves de lo que se dice.

4. ¿Por qué subrayar las dificultades de acceso al cuentapropismo?

En 1985, los TCP estaban sensiblemente mejor que todos los demás expulsados. (La mediana de ingresos reales de los TCP superaba en un 26% a la de quienes retornaron a industrias; en un 36% a la de los que tuvieron que desplazarse a servicios; y por lo menos en un 50% a las erráticas remuneraciones de los changuistas).

5. ¿Por qué decir esto, decir que los TCP estaban mejor que los otros despedidos

cuando sabemos que no estaban mejor, por ejemplo, que sus ex compañeros que quedaron en la industria? Es para hacer un juicio sobre la buena fortuna de los TCP sino sobre la que la gran mayoría de los expulsados (TCP incluidos) resultaron víctimas del proceso de desindustrialización que tuvo que soporcar el país. De allí que más del 80% de estos encuestados de 1985 aforasen el empleo perdido y estuvieran deseosos de volver a él.

Como se ha visto, el mito de los obreros que quedaron en la industria, se habrían convertido en cuentapropistas felices no resiste al análisis. Tiene la ventaja, claro, de referirse a sectores que no están organizados y que no pueden desmentirlo. Por eso será grave que, más allá de los lectores de *La Nación*, ingresen al repertorio de lenguaje común que los hacen creer que no existen y que un público poco informado no tiene más remedio que consumir.

NOTAS

¹ Ver E. P. Fabi, "Unemployment, work and the demand function of labour", en *International Journal of Urban and Regional Research*, 1980, 4, 1-19. Me dice que este autor se puso después más escéptico y en 1984 reviu su análisis.

² Ministerio de Trabajo, *El comportamiento del empleo en el sector industrial - Periodo 1970-1980* (Proyecto Gobierno argentino PNUD/OTI, ARG/77/004, Buenos Aires, marzo 1981).

³ Aunque hubiese querido realizar un seguimiento de los cambios ocupacionales de las personas concretas, la EPH no permite hacerlo: como se sabe, se realizó experimentalmente dividida en un 20% a los doce años los respondentes ya no son los mismos.

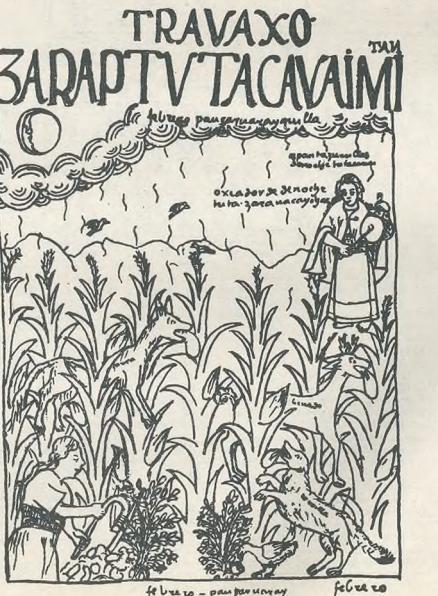
⁴ Ministerio de Trabajo, *El sector "cuentapropista": Estudio socio-económico del trabajo independiente y de la mipymes en la Capital Federal y en el Gran Buenos Aires (1980)* (proyecto ya citado), Buenos Aires, junio de 1981.

⁵ Dos prestigiosos economistas se confundieron diciendo que el informe al que abude muestra que los TCP y pequeños empresarios "provienen en una proporción superior al 40% del sector asalariado de la industria manufacturera". Esto es falso. Como se sabe, expresamente el informe, "la tercera parte de los trabajadores independientes actuales fueron asalariados de la industria en su ocupación anterior" (p. 94). Poco más tarde en sus cálculos, el citado estudio excluye a los TCP que no tuvieron ocupación anterior; por donde, al generalizar la medida al conjunto de la muestra, se termina por decir que el 40% no es en el todo y que, más nítida, comprende a los empleados y empleados y no sólo a obreros. No hago este señalamiento por pura academicismo sino porque una sobreestimación de la magnitud mencionada viene de modo sistemático en el informe. Véase Heitor, Díaz y Pablo Geronchukoff, "La dinámica del mercado laboral urbano en la Argentina, 1976-1981", en *Desarrollo Económico*, 1984, núm. 93, pp. 3-40.

⁶ Por ejemplo, el aumento considerable que se registra en los llamados "trabajadores secundarios" (que no tienen familia), con bajos niveles de instrucción y muchos de los cuales presumiblemente no provienen del sector industrial.

⁷ Ministerio de Trabajo, *Estudio de la capacidad de absorción del mercado laboral del Gran Buenos Aires: primer semestre de 1980* (informe ya citado), Buenos Aires, octubre de 1980. El informe omite el nombre de la empresa.

⁸ Para un análisis general de esta encuesta, debe remitir a mí "Despido en la industria automotriz: estudio de un caso de superproducción flotante", en *Revista Mexicana de Sociología*, 1979, núm. 1, pp. 53-106.



1. De trabajos y trabajadores

Desde 1973 (cuando el Banco Central dejó de calcular el empleo asalariado por sector), la única fuente disponible en el país para estimar la evolución global de

PUNTO DE VISTA

Revista de cultura

Número 27 Agosto 1986

El periodismo en el arte: Beatriz Sarlo

Familia y Matrimonio en la Argentina: Hugo Vezzetti

Gramsci y el sentido común: José Nun

La fábrica como texto: Jorge Liermar

Senos originarios (Fragmento de una novela): Sergio Chejfec

Separata: Perfil político y filosófico de: Jürgen Habermas

Suscripción Argentina: 10-

Casilla de Correo 39; Sucursal 49 (B) Bs. As. - Argentina

Suscripción exterior: u\$s 25-

Casilla de Correo 39; Sucursal 49 (B) Bs. As. - Argentina

Librería PREMIER

**SOCIOLOGIA • POLITICA
PSICOLOGIA • PSICOANALISIS • HISTORIA
ECOLOGIA • COMICS**

O EL TEMA QUE BUSQUE

TARJETAS DE CREDITO

AVENIDA CORRIENTES 1553 • Tel.: 46-6116 • BUENOS AIRES

El Congreso Pedagógico de 1882

Educación, modernización y democracia

Reconstruir el Congreso Pedagógico de 1882 implica pensar en las raíces de las, de la herencia que remite a su inconclusión, a la modernidad tibia y segada de las mentalidades de aquella y de ésta época. Las imágenes del 82 se dibujan plagadas de elementos presentes, del autoritarismo inscripto en los procesos políticos-pedagógicos argentinos en la escuela y más allá de la escuela; del carácter autoritario y conservador de los proyectos modernizantes de la general administración radical, de las propuestas dubitativas del peronismo renovador, de una izquierda que lleva décadas de atraso respecto de sus pares de otros países, latinoamericanos y europeos. La reforma estatal y educativa de fin del siglo XIX será absorbente reconociendo que nuestra vieja de acuerdo a las leyes y las tradiciones de las marcas de sus trascendencias. Se trata de analizar un momento fundador desde otro que también se pretende fundador. De principios, establecimientos y orígenes, que la sociedad argentina prefiere perder en la tramá de los pasados. Pero la recurrente a un ellos, como modelo, como mito, como ritual, agarrares de los 1880 en los años de 2000, tal vez hambriento de problemas encarnados, de situaciones fundamentales no enfrentadas, de soluciones a medias.

La voz de Onésimo Leguizamón nos llega rodeada de calorosos aplausos desde la sesión de clausura del Primer Congreso Pedagógico Interamericano, el 8 de mayo de 1882:

...y si puede, de tener presente que la labor del Congreso ha sido altamente y eruditamente apurada de la temática controvertida del elemento nuevo con el elemento retardo, la sana doctrina ha resultado al fin victoriosa y quedan firmes en su puesto acción los leales y esforzados defensores de la bandera progresista...

El Dr. Leguizamón, presidente del evento, delegó la responsabilidad de dictar la "Carta Materna" del Congreso, heredera como muchachos de sus correligionarios a la "filosofía eclectista" y ex Ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública de Avellaneda, selló con tales palabras la hegemonía largamente construida por el progresismo laico argentino en el terreno de los procesos políticos-pedagógicos.

"Hubo sido permanente el hegemonia?" Sus términos fueron solamente pedagógicos y desde allí, irradiándose hacia el resto de los espacios sociales, habría surgido un consenso hacia el progresismo, como suponían que ocurriría los educacionistas de los 80? "Lo fe en la acción civilizadora de la educación habrá actuado como factor de integración social, impulsando por las "sociedades conciencia" de los dirigentes roquistas? En definitiva, qué tipo de modernidad propusieron los liberales laicos de fin del siglo que pasó?

Los congresales reunidos en el local de la Exposición Continental de la Industria que se estaba realizando en Buenos Aires, se sentían triunfantes frente al atraso, el oscurantismo y poder eclesiásticos. Las instituciones y educadores que se consideraban fundamentales de colores, los protegían contra una onírica resurrección de la barbarie. Un clima de modernidad pobla las imaginaciones. Los discursos político-pedagógicos se deslizan sin dificultades, puesto que el consolidado poder la oligarquía facilitaba la autonomía del discurso educativo. Era posible considerar que las autoridades y los sectores de producción, obviando los actos de despojo y la voluntaria enajenación ideológica. En la naciente cultura política estaba inscrita la exclusión de la creación nacional-popular. Sarmiento, desde las columnas de *El Nacional*, hacía equívocas el lema "Religión o muerte" de

para el sistema educativo argentino es demasiado caro el precio de la inconclusión de la reforma de 1882. El carácter reproductor de formas diversas de opresión social y de autoritarismo que desarrolló motiva que todavía, a más de cien años, tengamos que resolver viejas cuestiones y nos ocupemos de los problemas político-pedagógicos del posmodernismo.

Adriana Puiggrós

Facundo y el mensaje de los católicos

dencia de José Batlle y Ordóñez se establecieron principios de democracia política y se separaría la Iglesia del Estado. La cuestión formaba parte de los discursos de la época, no solamente en Europa, sino también en América Latina y ocupaba en muchos de ellos un lugar central. No así en la Argentina.¹

Otro aspecto que llama la atención, es que la notoria influencia de Horacio Mercadier sobre los liberales laicos argentinos, no haya derivado en capacidad de comprensión de la educación como un proceso más amplio que la instrucción pública cuya acción es relativa a cambios de conjunto, tal como sostiene el pedagogo norteamericano frente a la estrechez de miras de la burguesía de Massachusetts. Empero, en el caso de los 1880, la incapacidad de modernización redujo su capacidad de generar alternativas al tema de la enseñanza. La inmediata consecuencia de tal omnipo-tencia otorgada a la educación, fue el abandono de otros campos de lucha. Fue también excusa, autojustificación, frente a elecciones pro-oligárquicas de la generación del 80, la escuela fue concebida como el "vestibulo de la escuela popular"; solo ella podría asegurar a los ciudadanos "la verdadera posesión de la soberanía, por el ejercicio sincero y consciente de la libertad electoral".⁶ Y la escuela pública argentina pudo haber sido un instrumento democratizador, un espacio abierto para la participación en la producción cultural, una verdadera escuela popular. Pero la escuela reformista, intermedia y profunda en el estado, en las relaciones entre las clases y entre el conjunto de sectores sociales; hacia falta que el nuevo sistema educativo escolarizado difundiera como parte de una misión nacional-popular encabezada por una burguesía decidida a recorrer por entero el camino de la modernización. Mientras, se mantuvieron las escuelas católicas y la escuela popular. El estado cuidó celosamente que el laicismo del discurso escolar quedara desarticulado de sus elementos democratizadores.

La educación católica y la igualdad social era los principios que José Manuel Estrada consideraba fundamentales de una democracia cuya potencia surgió de la religión y la igualdad de las condiciones civiles. Crítico del centralismo estatal, comprendió el peligro que significaría para la democracia, la exclusión de la sociedad civil del ciudadano. Espiritualmente, positivistas y liberales de diversas tendencias que creían en el orden capitalista, compartían la fórmula de una educación laica pero no. A la idea de la separación entre la Iglesia y el Estado, y la separación entre la educación democrática, quedó reducida a los intereses inmediatos de la jerarquía eclesiástica. Estrada veía la fuerza del gauchismo, reivindicaba su papel en la construcción de la Nación, aspiraba, por el contrario de Sarmiento, a verlo "sentido en el pretorio de los juzgados y en el capitólio de los legisladores".⁷ Pero en Estrada la misma acusación?

— Otras ideas, como la implantación del maestro popular, con el desarrollo de los centenarios provechos, junto con la promoción de la enseñanza, uno de los puntos de mayor tensión de las relaciones entre el estado y la iglesia, sin haber tocado otros lazos orgánicos de importancia fundamental.

con el grupo católico no sólo refirió a la elección de un maestro a la administración de una institución.

En el Congreso Pedagógico de 1882, una pedagogía nueva asomaba entre las discusiones sobre el problema religioso. La lucha entre el positivismo y los espiritualismos que intentaban con timidez rescatar al niño y su capacidad de expresión; la discusión sobre las formas políticas de la gestión y la problemática de la educación y la educación de los castigos y premios, fueron temas cuyo tratamiento se inició en esta circunstancia y que se desplegarían durante el debate parlamentario sobre la ley 1420, el año siguiente.

La presencia de ideas pedagógicas democráticas en 1882 se verifica releyendo la legislación de la ley 1420 y las discusiones del Congreso Pedagógico. Entre estas últimas, se encuentran muchas ideas que quedarían a mitad de camino, o bien aplastadas por un sistema escolar que crecería como brazo de un estado plagado de tendencias autoritarias y con el consenso de una sociedad civil ansiosa de coherencia.

Estuvieron los gérmenes de un sistema educativo complejo, no solamente escolar; primaria y secundaria, entre la escuela y las escuelas populares, se planteó en dupla el sistema de evaluación basado en la competencia y castigos; tuvo presencia en los discursos una idea profundamente democrática de vinculación político-pedagógica entre la escuela y la sociedad civil. Pero prima la concepción del sistema educativo como instrucción pública que se cierra sobre las grietas que distinguen la sociedad de la escuela y las escuelas populares, se planteó la necesidad de garantizar la educación para culturas. La escuela, entonces, debió adquirir el elemento autoritario, trabajar para la unidad nacional en base a la eliminación de las diferencias ideológicas, culturales y políticas mientras concurre a la reproducción de las diferencias económicas-sociales. La posibilidad de la escuela popular, que se asentó sobre la "estimación de los destinatarios de la educación" y las demandas de los sectores populares, se planteó para la formación de una formación plena, una verdadera escuela popular; pero la escuela reformista intermedia y profunda en el estado, en las relaciones entre las clases y entre el conjunto de sectores sociales; hacia falta que el nuevo sistema educativo escolarizado difundiera como parte de una misión nacional-popular encabezada por una burguesía decidida a recorrer por entero el camino de la modernización. Mientras, se mantuvieron las escuelas católicas y la escuela popular. El estado cuidó celosamente que el laicismo del discurso escolar quedara desarticulado de sus elementos democratizadores.

Es demasiado caro el precio de la inconclusión de la reforma de la década de 1880, para el sistema educativo argentino. El carácter reproductor de formas diversas de opresión social y de autoritarismo que se mantuvo en el sistema escolarizado ha sido reafirmado numerosas veces durante estos cien años y no puede concebirse tan sólo como una proyección de aquella inconclusión que tiene raíces importantes en la falta de vocación nacional democrática de algunos intelectuales-políticos de los 80 y en la negativa a romper con los viejos poderes, por parte de otros. Hoy, en lugar de esta permanencia de los problemas y la intransigencia pedagógica del pensamiento o de construir proyectos y utopías, superadoras de los socialismos reales, tenemos que resolver aún cuestiones que remitan a los áboles de nuestra frustada modernidad. La generación del 2000 levantará frente a la actualidad la misma acusación?

— Otras ideas, como la implantación del maestro popular, con el desarrollo de los centenarios provechos, junto con la promoción de la enseñanza, uno de los puntos de mayor tensión de las relaciones entre el estado y la iglesia, sin haber tocado otros lazos orgánicos de importancia fundamental.

Cien años después

¿Un proyecto para el Siglo XXI?

Así como su antecedente de 1882 tuvo como marco la idea de unidad nacional, el Segundo Congreso Pedagógico se inscribe en el sesgo que imprimen la democracia recuperada y la ambiciosa aspiración de plamar un proyecto para el siglo venidero. Si bien ya ha recibido fuertes cuestionamientos de núcleos conservadores, lo cierto es que la iniciativa aún se encuentra en sus fases preliminares, a casi un año de su lanzamiento.

La ley 23.114, sancionada en septiembre del año pasado, convoca a este Congreso, que presenta como una meta de redención histórica del realizado en 1882. Y lo primero que resalta es el alcance de la participación buscada, de acuerdo con la enumeración del artículo 1º: "se efectuará con la más amplia participación de todos los niveles de la sociedad, estudiantil, cooperativa, corporativa, sindical, agraria, maestros, docentes, estudiantes y organizaciones sociales representativas".

Quizás lo preferible destaca en el discurso presidencial aquellos tramos que suponen más extensión y diversidad, condición indispensable de cualquier reforma que se proponga consolidarse institucionalmente. El centro de la cuestión pasa por "constituir un campo

Socialistas

Atrevámonos a decir que hemos cambiado

A comienzos del pasado mes de junio estuve de visita en la Argentina Michel Rocard. Convencido de la necesidad de modernizar el socialismo, para que ello sea posible, afirma, conviene replantear el papel del mercado, redefinir el rol del estado y superar las tradicionales referencias al liberalismo y al colectivismo. En este artículo, además, hace un balance de la experiencia socialista en el gobierno y traza las perspectivas de acción para los años futuros.

Yo creo, contra las apariencias, en las posibilidades del Partido Socialista. Nunca se está vendido de antemano, salvo que uno acepte en su fuero íntimo la idea de la derrota. Me inclino a adelantar lo que hoy en día el Partido Socialista está en condiciones de constituirse verdaderamente en el polo dominante de la sociedad argentina, porque en forma directa depende en esa posición.

¿Qué fue la izquierda en el poder hasta 1981? Un período de pocos meses, sin duda marcado por reformas generosas, que sólo tuvieron valor para las generaciones que vivieron el Frente Popular, la Liberación, el mendeñismo y el Frente Renovador, pero que no tuvieron las cuentas, resultaron un fracaso, en la mayoría de los casos ante las dificultades económicas. Algunos meses: el tiempo de una experiencia. En 1936 Leon Blum perdió de una "escampada" socialista.

Y he aquí que, con la ayuda de una Constitución que asegura al presidente de la República y al gobierno la estabilidad, y al franco mantenimiento que necesitan para su acción, estamos de nuevo de demostrar que los socialistas somos capaces de administrar y modernizar el país para construir su porvenir.

La inflación es inferior a la mitad de lo que era en tiempo de Raymond Barre, el comercio exterior vó reducido su déficit en tres cuartas partes con relación a 1982 y el franco mantiene más o menos estable. Además, existe la posibilidad racionalmente cabal de que se confirmen estas evoluciones.

Ciertamente, se sabe cómo pesa el desempleo en el desarrollo de la opinión pública. Pero los franceses saben, en el fondo de ellos mismos, que no hay alternativa, por donde sea la busqueda, que no estable. Además, existe la posibilidad racionalmente cabal de que se confirmen estas evoluciones.

No obstante, y a pesar de la importancia de los resultados económicos, es más con obstáculos políticos, al contrario de nuestros predecesores, con los que hemos tropezado y por los que hemos sufrido, en ocasiones, terribles revéses: la enseñanza privada, la ley de prensa, la incapacidad para explicar el cambio de nuestra política económica.

¿Es culpa de la prensa, de los medios de comunicación? ¿Son más favorables o no acepte en su fuero íntimo la idea de la derrota. Me inclino a adelantar lo que hoy en día el Partido Socialista está en condiciones de constituirse verdaderamente en el polo dominante de la sociedad argentina, porque en forma directa depende en esa posición.

¿Cómo creer en el "compromiso social"? La izquierda hablaba la mozione de nuestro Congreso de Valencia cuando, en los discursos, el mismo "compromiso" era resultado de demandas, de la confusión de un índice y de deportaciones? ¿Cómo creer en la mayor voluntad "unírnos para modernizar" después de haber escuchado a uno de nosotros explicar a algunos miembros de la oposición que estaban "juridicamente equivocados porque eran políticamente minoritarios"?

Incluso en el dominio económico tengo la impresión de que los franceses no reproducen la memoria de la izquierda, porque saben que nadie podrá dispensarlos del esfuerzo que ella representa — que el desfase que existe entre nuestra política actual y el carácter excesivo de ciertas promesas electorales que han arrastrado ciertos errores de gestión de 1981 y 1982. El primer hito es sido rechazar la propuesta de la izquierda de devolución inicial que habría suministrado los primeros márgenes de libertad. El primero ha sido llevar a cabo en doce meses las medidas programáticas que nuestro aparato de producción no hubiera podido soportar sin perjuicio sino en tres años. Perjunto, que pagamos hoy en los terrenos de los precios del crecimiento y del empleo. Otro avance importante ha sido garantizar la jornada de trabajo a 39 horas semanales en condiciones que han ampliado prácticamente todo efecto sobre los puestos de trabajo. ¿Cómo no interrogar, por último, sobre el precio inútilmente excesivo que hace falta pagar por las nacionalizaciones al 100 %?

Colectivismo y liberalismo son referencias superadas

En una sociedad agitada, inquieta, insurgenza de su porvenir, semejante desfase es algo temible cuando las batallas electorales se reducen al viejo enfrentamiento entre "colectivismo" y "liberalismo", mientras que todos saben a la perfección que se trata de algo profundamente superado en los hechos.

Para llevar a cabo esa superación es necesario dar cuenta de la imposibilidad de esa confrontación y definir los ejes de nuevas orientaciones. Y esto sólo puede hacerse de la boca del día.

Luego de un tiempo de gobierno, los socialistas han comenzado a poner en orden sus reflexiones y sus pensamientos. Han dado prioridad al reconocimiento de la empresa como unidad de producción, a la modernización del aparato productivo y a la preservación de grandes equilibrios económicos sin los cuales no existe una economía social. También han incorporado la idea de que el control del estado sobre

la función de la producción acarrea la ineficiencia definitiva del sistema productivo. Es más, el sistema soviético muestra que el voluntarismo, la planificación centralizada, la imposibilidad, fabrica una sociedad totalitaria. Y es recordando que es democrático y rechazando claramente el colectivismo que el socialismo encuentra a la vez su razón de ser y las condiciones de su eficacia.

No obstante, hemos prometido la creación de 200 mil empresas para el sector público y han sido creados. Pero desde 1983 las instrucciones presupuestarias impiden a la mayoría de los ministerios suprimir cada año el 1% de los efectivos de su administración en el esfuerzo de adaptar mejor los empleos de la función pública a las necesidades de los usuarios. Esto es lo que se llama "modernizar la crisis". Hoy hacemos campañas exhibiendo nuestros mejores índices económicos. Resultaba necesario hacer resaltar lo robado a los países y, en lo sucesivo, los jefes de empresas tuvieron de la patria lo que merecían. Antes las ganancias eran sospechosas; ahora el restablecimiento de las marcas empresariales es colocado en la lista de los logros.

Antes solo era cuestión de romper con el capitalismo. Tuvimos, ciertamente, enfrentamientos en el congreso para saber en cuánto tiempo. ¿Quién dios, a lo sumo? Hoy no se habla más que de modernización. Y antes solo era cuestión de romper con la libertad. Pero si se está en favor de la libertad en el dominio político, nos dice la derecha, ¿no se puede impedir alternativamente el orden social? Y esto es exactamente en esto se basa la superioridad de la derecha. Es necesario entonces devolver la pregunta a nuestros adversarios, pues el liberalismo político nunca significó la renuncia a la existencia de la policía y de la justicia para contener y para reprimir los abusos. Curiosamente, la idea según la cual el socialismo no se puede implementar alternativamente sin perder la libertad, aparece como lejanas e irrisorias. Hemos cambiado, porque hemos aprendido. Y, en definitiva, hemos hecho bien en cambiar.

Hacer lo que se dice y decir lo que se hace

Quienes no temen reconocer que han cambiado han aprendido que no se puede distribuir más que lo que se produce. Que un empleo no es duradero más que si es económicamente productivo. Que la inflación otorga a la población más que lo que la gente necesita de un momento a otro. Que la posibilidad de vivir mejor ha podido crecer y nada más. Que no se puede importar impunemente durante mucho tiempo más que lo que se exporta. Que ganar dinero no es en sí mismo censurable y que la iniciativa individual, basada en una economía dinámica y en una fiscalización moderna, contribuye al bienestar general.

También se ha vuelto evidente que una empresa pública, nacionalizada en un 100% o en un 51%, sigue siendo una empresa. Asimismo, hemos verificado que, en todas las circunstancias, la economía mixta es preferible a la economía administrada, pues entra el plan y el mercado, si no hay concierto no pasa gran cosa. Por otra parte, el beneficio de lo que la experiencia gubernamental nos ha hecho comprender: ¿Por qué mantener, sobre todo ante la opinión de los franceses, una vaguedad y una confusión incompatibles con una confianza sólida y duradera?

Atrevámonos a reconocer los cambios. Anímonos a asumirlos para no reducir el socialismo a la mera repetición de formas superadas y para no confiar a la izquierda en el poder a la simple tarea de llevar al día la administración del orden de las cosas.

Ahora se trata de rendir cuentas, de dejar constancia, de hacer una puesta al día de nuestros actos. En política se debe hacer lo que se dice y decir lo que se hace. ¿Habrá alguien todavía que sostenga que las elecciones no existen más que plazas eclipses y que, consecuentemente, el realismo sólo puede ser un "paren-

tesco" como si la nacionalización fuera un collar asfixiante.

Nosotros habíamos prometido la creación de 200 mil empresas para el sector público y han sido creados. Pero desde 1983 las instrucciones presupuestarias impiden a la mayoría de los ministerios suprimir cada año el 1% de los efectivos de su administración en el esfuerzo de adaptar mejor los empleos de la función pública a las necesidades de los usuarios. Esto es lo que se llama "modernizar la crisis". Hoy hacemos campañas exhibiendo nuestros mejores índices económicos.

Resultaba necesario hacer resaltar lo robado a los países y, en lo sucesivo, los jefes de empresas tuvieron de la patria lo que merecían. Antes las ganancias eran sospechosas; ahora el restablecimiento de las marcas empresariales es colocado en la lista de los logros.

Antes solo era cuestión de romper con la libertad. Pero si se está en favor de la libertad en el dominio político, nos dice la derecha,

el primero es el de la acción, el de la eficacia y, consecuentemente, el de la relación entre el acto y el discurso;

el segundo es el del tiempo, el de la continuidad, el de la coherencia entre los actos y los discursos sucesivos;

el tercero, finalmente, es el de la frecuencia y de la imagen, es el de la competencia electoral.

Ahora bien, el comentario de la vida política a menudo se limita a este tercer aspecto. La vida política es comentada como las carreras en Autéuol: sólo cuenta el estado de los participantes, la colocación de uno en la cuerda, el handicap o la ventaja de tal o otro.

¿Y qué hemos hecho nosotros para que en fuera distinto? ¿Es normal de qué modo se manejan las referencias? Podemos ser cuestionados por los periodistas o juzgados por la opinión pública?

Con bastante frecuencia, tanto la lógica como las perspectivas que guían la acción gubernamental están en contradicción con nuestros textos y nuestras referencias anteriores.

No podemos esperar ganar sin hacernos comprender. No podemos esperar hacer comprender sin tener orden y coherencia entre lo que hacemos y lo que

correcta evaluación de nuestras debilidades en este dominio y particularmente no olvidemos que todo acto o todo discurso no se comprende más que con relación a tres criterios:

• El primero es el de la acción, el de la eficacia y, consecuentemente, el de la relación entre el acto y el discurso;

• El segundo es el del tiempo, el de la continuidad, el de la coherencia entre los actos y los discursos sucesivos;

• El tercero, finalmente, es el de la frecuencia y de la imagen, es el de la competencia electoral.

Actualmente, es un factor de desmovilización, puesto que una función militante esencial no es asumida plenamente.

Podemos correr el riesgo, para escoger candidatos a las elecciones legislativas o regionales, de una derivación igual de la forma de escrutinio indirecto? Los candidatos a las elecciones políticas deben considerar que su victoria es el resultado conjunto de los adherentes de la circunscripción electoral" de conformidad con el artículo 49 de nuestros estatutos y con las disposiciones del reglamento interno del 25 y del 26 de noviembre de 1978.

• Finalmente, restituir audiencia a nuestras ideas. ¿Qué puede hacer en nuestros días el Partido Socialista aparte de difundir las ideas de los adherentes de la circunscripción electoral" de conformidad con el artículo 49 de nuestros estatutos y con las disposiciones del reglamento interno del 25 y del 26 de noviembre de 1978. El respeto de la democracia interna supone otras cualidades:

• Recuperar nuestra capacidad de debate. Por respeto a los interlocutores que encontramos en el gobierno, y que nosotros habíamos subestimado quizás también los militantes?

porque el gobierno mismo no tenía demasiado en cuenta al Partido Socialista, hemos disuelto el debate interno. Así, la vida de las secciones se resiente y la actividad militante pierde una de sus razones de ser.

• Eleger directamente nuestros dirigentes y nuestros candidatos a las elecciones

Modernizar la política, entonces, es también otorgar mayor sentido a la participación de las instituciones en su propio territorio, ofreciéndoles las medios para obrar y la satisfacción de ver resultados. Esto sólo lo conseguiremos mediante el respeto de nuestras diferencias y de nuestras diferencias de la vida política interna.

• Vamos a desgarrarnos entre nosotros mismos? ¿Quién de nosotros no desea un congreso unánime? Si hay competencia en nuestras filas, querer decir que hay vida y, por lo mismo, que existe la posibilidad de establecer nuestra oportunidad colectiva de victoria. El respeto de nuestras diferencias no reclama sino dos vías: el coraje y el reconocimiento del otro.

El respeto de la democracia interna supone otras cualidades:

• Recuperar nuestra capacidad de debate. Por respeto a los interlocutores que encontramos en el gobierno, y que nosotros habíamos subestimado quizás también los militantes?

Instituciones modernas con equilibrio de poderes

Modernizar la política también es tratar la cuestión de las instituciones. Desde hace una década, y tras muchas disputas, las instituciones se han consolidado como factor de amplio consenso entre los franceses y de estabilidad para la acción gubernamental. El método de escrutinio proporcional escogido, en mi opinión, pone en tela de juicio por su misma naturaleza este consenso y esta estabilidad. Sea como fuere, esta elección reclama, necesariamente, cambios institucionales, especialmente en lo que concierne a las relaciones entre el ejecutivo y el legislativo.

Si no se quiere volver a caer en el antiguo error de que la duración y las condiciones de funcionamiento de los gobiernos sean el resultado de permanentes negociaciones entre los grupos parlamentarios, el derecho del jefe de estado a designar a los ministros debe ser absolutamente preservado. La confianza en su eficacia y su fuerza, es deseable que todo acuerdo político que acabe en la composición de un gobierno se traduzca en un contrato de legislatura que compromete la disolución si la coalición gubernamental termina por romperse.

Paralelamente, el equilibrio de poderes y la preservación de la democracia se ha visto amenazado por la situación de la izquierda. Para que precisamente esta última sea reforzada, en vez de derivar hacia la peligrosa pendiente de los gobiernos de asamblea, es necesario buscar soluciones por el lado de los mecanismos de control del ejecutivo, del funcionamiento de las comisiones investigadoras y de la sanción de grandes debates de política general sobre temas que hacen a la sociedad.

(Extracto de la ponencia presentada al Congreso del Partido Socialista Francés, celebrado en Toulouse en abril de 1985).

Traducción: Ricardo Ibarluza



Entrevista a Federico Westerkamp

Energía nuclear: ¿callejón sin salida?

Ampliamente conocida es la labor del doctor Westerkamp por la vigencia de los derechos humanos, como también lo es su condición de científico comprometido con la consigna de la paz. Así, si fuese necesario establecer un campo de afinidades con él sería fácil hacerlo: la defensa de la vida.

Hubo una época, no hace mucho, en que algunos de nosotros solíamos valernos de certezas. Una, bastante firme, consistía en oponerse al empleo de la energía nuclear con fines bélicos para aceptarla para usos pacíficos. Si bien esto era una tesis defendida de la central de Chernóbil esa certeza también ha entrado en crisis, pues parecería que en cualquiera de sus variantes posibles la energía nuclear termina llevándonos a la destrucción de la vida. Así, y no obstante que el tema constituye una preocupación central de estos tiempos, convierte la difundida sensación de estar sumergido en la ignorancia total, al punto de formular preguntas sobre el uso de la energía nuclear en el mundo actual.

Es, efectivamente, un tema delicado que se complica cada día más. Para tomar, por ejemplo, sólo un aspecto de sus implicaciones económicas, consideremos que en sus inicios, cuando se inició la construcción de una planta muy barata de obtener energía del uranio y probablemente del torio o del plutonio, aparentemente muy barata. Y digo "aparentemente" porque así se lo creyó hace más de 25 años, cuando Eisenhower lanzó la idea de "átomos para la paz" sobre la base de que a partir de un gramo de uranio se podía obtener la energía equivalente a 200 toneladas de petróleo o de carbón. Esas mismas simplistas de pensar dio lugar, inclusive, a que un Premio Nobel, Glenn Seaborg, presidente de la Comisión de Energía Atómica de Estados Unidos, afirmase que ya no iba a ser necesarios los medidores de corriente eléctrica, pues la misma sería tan barata que no iba a valer la pena medir su consumo.

La experiencia muestra que nada salió como estaba previsto. En primerísimo lugar tenemos el problema de los desechos radiactivos, que contienen una gran cantidad isotópicos tremedalmente letales y algunos de una "mitad de vida" de cientos de miles de años, y que duran de años. A ello se ha sumado el exceso de diseño de las centrales nucleares debido, entre otras cosas, a la necesidad de adoptar extremas medidas de seguridad, y eso ha elevado en gran escala sus costos, lo cual incide directamente sobre el costo de la energía que en ellas se produce. Además hay que tener en cuenta que las centrales nucleares son las más caras de energía eléctrica, que es una pequeña parte de la energía que consumen una comunidad. En el caso de Argentina la de origen nuclear es sólo un 10 o 12 por ciento de la energía eléctrica, proporción que se reducirá al dos o tres por ciento respecto de la energía total consumida en el país.

Entonces la pregunta: ¿cómo la gente se resiste a la energía nuclear? Es barata, que es sólo una pequeña parte de la energía total, y que también tiene una porción reducida de la energía eléctrica total, teniendo en cuenta todos los peligros que encierra y que ahora se ponen inconfundiblemente de manifiesto con el accidente de Chernóbil. Y otros más: si algo pudiese ocurrir, ¿qué se haría? ¿Qué se haría tomadas las precauciones necesarias? Porque en la Unión Soviética o en los Estados Unidos o en Alemania la tecnología está tan desarrollada que es posible aplazar a mecanismos que disminuyen las consecuencias, pero no creo que en la Argentina pudieramos hacerlo.

¿Estamos en riesgo de un accidente similar?

El riesgo es muy pequeño, sin duda, pero también lo era para Chernóbil. Se dice que las precauciones son perfectas, que los equipos automáticos van a funcionar, etc., pero Chernóbil y muchos otros

accidentes anteriores demostraron que siempre algo puede fallar.

Lo cual constituye un riesgo que es prácticamente de una línea de uso bélico como de uso de pacífico.

Por supuesto, pero no podemos olvidar que la energía nuclear fue creada para usos bélicos y que sólo después se le encontró la forma de usarla para fines pacíficos. Hay gobiernos que están honestamente dispuestos a no usarla en sus plantas de energía, y otros que tienen la tecnología les es muy difícil. Es siempre la misma historia, son los gobiernos que poseen la bomba atómica los que insisten en la energía nuclear para uso pacífico, porque la cuestión del uso pacífico encubre la posibilidad de su empleo con fines militares.

En efecto, así no hemos manejado durante tanto tiempo en la línea de hechos consumados que nos llevó a las situaciones cada vez más graves. Yo temo

sobre todo que el deseo de usarla en el espacio para la doctrina que hoy impone, que consiste en reprocessar el combustible usado y extraerle el plutonio.

Claro que se dice que no es para fabricar bombas, pero si tenemos en cuenta que cuatro kilos de plutonio —que ocupan el tamaño de una pelotita de ping-pong— son una bomba que podemos advertir el peligro que significa entrar en la economía del plutonio, en que se manejan toneladas de plutonio.

De esta manera la humanidad se está condonando. Y desde el punto de vista pacifista, de gente que no quiere que exista el menor pretexto para que sigan las guerras, es importante recordar que en general, claro está —tenemos que decir que entrar en la economía del plutonio es entrar en la posibilidad de que nos llenen de bombas atómicas, todos, y mucho peor si los países subdesarrollados llegan a esa tecnología, porque aquí hay delito del aprendiz de hechicero. No hay en ese momento ventaja, al contrario, y en ese sentido soy un decidido adversario del uso de la energía nuclear, inclusive de su empleo para fines pacíficos.

Y la afirmación corriente de que sin energía nuclear no habrá ni progreso ni energía crítica.

Por suerte ahora la cuestión está un poco más difundida, pero de todos modos hace falta que sea colocada como tema de debate, porque en realidad hasta ahora no hay debate entre los que defienden la energía nuclear y los pro-nucleares.

En fin, una cadena de fallas sobre las que se pretende tener una cierta medida de control entre los técnicos y los trabajadores de la CNEA se reunieron en massa en Ezeiza y exigieron una exhaustiva investigación con participación de científicos, técnicos y demás trabajadores. Se hizo así, pero luego no se dieron a publicidad los resultados. Yo los conocí de casualidad, porque un amigo me los hizo llegar, pero aún sigue en secreto.

En síntesis yo estoy convencido de que un accidente nuclear es posible, como lo demuestra el de Chernóbil, y que sus consecuencias afectarían a una vasta región alrededor del sitio donde esté funcionando el reactor nuclear, obligando a la evacuación de poblaciones y produciendo no sólo grandes pérdidas económicas, sino peligrosas effusivas para la salud de las poblaciones y sus descendientes, debido a los daños genéticos.

Yo no estoy sugiriendo que esto necesariamente vaya a ocurrir, pero si es algo posible y que las consideraciones probabilísticas carecen de base, y en última instancia debemos reducirnos a nuestra ignorancia respecto de la probabilidad de que ocurra un verdadero desastre nuclear. Los ejemplos del accidente de la Isla de Tres Millas, que fue una fusión a medias del núcleo del reactor, y el posterior de Chernóbil, con todos los daños que causó en la URSS y en otros países de Europa, son muy significativas y nos están señalando el camino a seguir. Pero a ello hay que sumar la otra cara de mi oposición a la energía nuclear: los elementos combustibles quemados contienen mucho plutonio, que es el material básico de la bomba atómica ordinaria, y también la bomba termonuclear (o de hidrógeno), miles de veces más poderosa.

Sí es que para entonces existimos, y recibo en mi duda la posición de Alberto Moravia en el sentido de que la civilización, enfrentada a la posibilidad cierta de una guerra nuclear, va perdiendo la idea de futuro en una terrible degradación moral.

Sí, es terrible, siniestro, diría, aunque también creo que hoy la opinión pública está más sensibilizada, fastidiada de haber sido colocada completamente al margen. Y esa marginación fue producto tanto del autoritarismo y la tiranía del gobierno como también de la creencia de soberbia tecnológica que tanto abunda. Esta creencia presente en ciertos ingenieros nucleares de que son seres privilegiados que dominan algo inalcanzable y que por ello son una especie de dioses. Y es

Osvaldo Pedroso

Suplemento/1

La Ciudad Futura

Suplemento/1

¿Una Segunda República?



Que necesitamos un país distinto es hoy una verdad compartida por la mayoría de los argentinos. Hemos salido de la muerte y el espanto no con la certeza de un pasado glorioso a restituir, sino con las esperanzas de un mundo nuevo a crear.

¿Pero es posible pensar lo nuevo sin querer atrapados por los demonios del pasado? ¿Pero es posible transformar a los hombres en personas más virtuosas, intereses y comportamientos que los distinguen y hasta enfrentan, y si estamos dispuestos a asumir plenamente esta división como propia de una sociedad política democrática que queremos fundar, ¿cómo crear condiciones

favorables para un amplio y duradero compromiso político en torno a una definición compartida de los rasgos definitorios de "lo nuevo"?

En las condiciones presentes de la sociedad argentina, capaz de vivir en la desesperanza y la sistemática degradación de su vida económica y social, de extrema proliedad a la instabilidad institucional y política, no parece fácil poder contestar positivamente la pregunta. La incertidumbre de la respuesta arrastra el pensamiento a la parálisis. ¿No nos dice el refrán que más vale mal conocido que no bien por conocer? Si lo posible está adherido, como la piel al hueso, a lo ya sucedido, hay razones para temer que la situación sea tan dramático es el punto más decisivo para el futuro del horizonte.

Puestos a consolidar un régimen o ganar las próximas elecciones los dirigentes de las formaciones políticas mayoritarias, incluidos, por supuesto, los del partido oficial, optan por lo segundo. En un país sin destino sólo vale lo que está al alcance de la mano; dado que no puede ser cambiado del todo, ni vale la pena intentar cambios que no se deriven de una serie de condiciones que hoy esa condición, alejada de todo esfuerzo, más decisiva que el futuro del horizonte.

Para poder responder a la pregunta es preciso subvertir los términos en que se plantea. Sólo a partir de lo imposible, lo posible que abrirla paso, les dca Max Weber a sus connacionales la Alemania devastada por la guerra y sus secuelas.

El problema, en tanto, no consiste en preguntarse si una nueva sociedad es deseable o no, sino en determinar qué tipo de sociedad debe ser.

Una reforma constitucional es una manera de hacerle frente al problema y por eso debe ser apoyada aun más allá de los propósitos que se trae al respecto el presidente o el partido gobernante.

La idea de refundar el país mediante un nuevo compromiso institucional tan constante como las intermitentes crisis institucionales que lo postrobaron desde los años treinta. Para lograrlo las reformas deben ser profundas y duraderas.

Lo que faltó en las reformas convocadas es que no sirvió de efecto voluntad reformadora. Cuando la hubo, como en 1957, la legitimidad del poder convocante, la exclusión del peronismo y el boycott de la transversalidad radical la hicieron naufragar.

Los golpes militares arrastraban a la superficie la necesidad de las reformas; los gobiernos constitucionales preferían sacarla.

Un gobierno surgido de elecciones inobligatorias, sin exclusiones de ningún tipo y expresión de una nueva mayoría política ha lanzado una iniciativa de reforma. En las palabras del presidente Alfonsín volvió a ponerse de manifiesto esa

necesidad de un nuevo pacto constituyente que desde hace medio siglo los argentinos afirman reconocer. Y sin embargo, esas palabras fueron recibidas por la clase política con desden, con indiferencia, con fastidio; por eso debemos preguntarnos si a pesar de ser reconocidos por todos la necesidad de una reforma constitucional existe hoy en la vida política necesaria para el futuro. No es que en la clase política argentina no existan hoy esas condiciones; alejada de todo esfuerzo de grandeza solo mira lo que tiene delante de sus narices.

Puestos a consolidar un régimen o ganar las próximas elecciones los dirigentes de las formaciones políticas mayoritarias, incluidos, por supuesto, los del partido oficial, optan por lo segundo. En un país sin destino sólo vale lo que está al alcance de la mano; dado que no puede ser cambiado del todo, ni vale la pena intentar cambios que no se deriven de una serie de condiciones que hoy esa condición, alejada de todo esfuerzo, más decisiva que el futuro del horizonte.

Para poder responder a la pregunta es preciso subvertir los términos en que se plantea. Sólo a partir de lo imposible, lo

possible que abrirla paso, les dca Max Weber a sus connacionales la Alemania devastada por la guerra y sus secuelas.

El problema, en tanto, no consiste en preguntarse si una nueva sociedad es deseable o no, sino en determinar qué tipo de sociedad debe ser.

Una reforma constitucional es una manera de hacerle frente al problema y por eso debe ser apoyada aun más allá de los propósitos que se trae al respecto el presidente o el partido gobernante.

La idea de refundar el país mediante un nuevo compromiso institucional tan constante como las intermitentes crisis institucionales que lo postrobaron desde los años treinta. Para lograrlo las reformas deben ser profundas y duraderas.

Lo que faltó en las reformas convocadas es que no sirvió de efecto voluntad reformadora. Cuando la hubo, como en 1957, la legitimidad del poder convocante, la exclusión del peronismo y el boycott de la transversalidad radical la hicieron naufragar.

Los golpes militares arrastraban a la superficie la necesidad de las reformas; los gobiernos constitucionales preferían sacarla.

Un gobierno surgido de elecciones inobligatorias, sin exclusiones de ningún tipo y expresión de una nueva mayoría política ha lanzado una iniciativa de reforma. En las palabras

del presidente Alfonsín volvió a ponerse de manifiesto esa

necesidad de un nuevo pacto constituyente que desde hace medio siglo los argentinos afirman reconocer. Y sin embargo,

esas palabras fueron recibidas por la clase política con desden, con indiferencia, con fastidio; por eso debemos preguntarnos si a pesar de ser reconocidos por todos la necesidad de una reforma constitucional existe hoy en la vida política necesaria para el futuro. No es que en la clase política argentina no existan hoy esas condiciones; alejada de todo esfuerzo de grandeza solo mira lo que tiene delante de sus narices.

Puestos a consolidar un régimen o ganar las próximas elecciones los dirigentes de las formaciones políticas mayoritarias, incluidos, por supuesto, los del partido oficial, optan por lo segundo. En un país sin destino sólo vale lo que está al alcance de la mano; dado que no puede ser cambiado del todo, ni vale la pena intentar cambios que no se deriven de una serie de condiciones que hoy esa condición, alejada de todo esfuerzo, más decisiva que el futuro del horizonte.

La Ciudad Futura quiere ser un eco, no importa si alisado, de ese sentimiento que hoy existe en la sociedad argentina. Pensamos en la reforma constitucional, y todas las otras que con ella, constituyen una necesidad perentoria que no admite dilaciones, salvo las del tiempo propio que requiere una sociedad para metabolizar las propuestas, para asimilar las innovaciones, para estar en condiciones de escoger. Como las consideramos deseables insistimos en el debate de los grandes problemas nacionales que, por temor al mañana, o por mezquinas necesidades del presente, muchos insisten en postergar, como si la suerte misma del sistema democrático no estuviera allí puesta en juego.

La ideología argentina en el siglo XIX

Proyectos de nacionalización en la Primera República

Oscar Terán

Sabemos que uno de los datos significativos en la fundación de nuestra primera república consiste en haber realizado algunos postulados que habían atravesado anteriormente el discurso de los intelectuales a partir del fracaso unitario y el advenimiento del orden rossista. En 1880 parecía así un proyecto altibajista "imposible" que el suyo diera un espectacular crecimiento económico, una pronunciada movilidad social ascendente y una notoria modernización cultural. Se trataba, empero, de una república escasamente republicana, ya que la competencia en el ámbito de la sociedad civil no debía traducirse en una mayor participación ciudadana; se quería entonces el paisaje del habitante en su desarrollo económico al rol del ciudadano. Esta dualidad de funciones se asestaba sobre la estructura del curioso sujeto de los tiempos modernos, escondido entre una alma privada que mira al estado y otra privada que atiende al egoísmo de su propio interés. Pero si al mismo tiempo el pensamiento republicano colocabo a la gente en el centro de la vida política, dentro de novedosa soberanía que es del pueblo, el dispositivo teórico capaz de soportar la paradoja de una república sin ciudadanos debía proponer la suspensión sólo momentánea de la competencia política plena, hasta que el tutelaje de una élite gobernante lograra sujetarlos autoritariamente y pacificarnos. Era, por ello, algo más que el sufragio de las manos de la ignorancia y la miseria, al par que garantizar libertades ilimitadas para un habitante reducido a contemplarse en el espejo de la producción. El autoritarismo progresista reservaría para una minoría del saber la virtud y el espíritu de la nación; necesitaría limitar las piezas de inoperabilidad de esa nación que solo podría llegar a consumarse como tal cuando la panacea educativa y la moral del 53 del productor hubieran definido cabalmente a unos ciudadanos ilustrados y penetrados por lo que en clave de época se llamaban "las fuerzas morales".

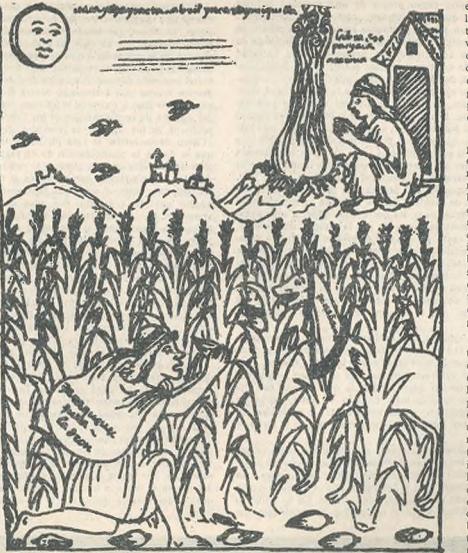
Juntamente, en el entroncamiento de la definición de la ciudadanía y de la construcción de una nación emergiría la problemática de la nacionalización de las masas, sobre todo en el caso de las multitudes inmigrantes que se multiplicaron en un esfuerzo de colonizaciones que rebasaba el fantasma de las montañas a un seguro paso. Es dudoso empero que el terror casi religioso de Tocqueville ante la expansión incontrolable de la igualdad sea el mismo que experimentaran los hombres del 80 frente a las multitudes mestizadas de la ciudadanía. Los efectos no fallaron: temores de alarma ante los efectos no queridos desencadenados por el vertiginoso proceso de modernización en sus referentes demográficos, políticos y culturales. Un número de inmigrantes único en el mundo respecto a la población preexistente, la renuencia expresa de los extranjeros a nacionalizarse, el ascenso social que experimentaría una sociedad que comenzaría a contemplarse con la mal disimulada envidia que nutre buena parte de la literatura del período y, por fin, las ideas anarquistas y socialistas de que los recién llegados solían ser portadores determinaron sin duda el desgarrado con que José María Ramos Mejía veía en 1899 que los inmigrantes iban "los teatros de segundo y tercer orden, los pasos que son gratis; las iglesias, porque son devotos y mansamente creyentes" e incluso el ejercicio de las tareas rurales...

El movimiento positivista argentino asumiría de allí en más una misión que en los Ingenieros de principios de siglo se ha tornado evidente: proponer un mecanismo institucionalizado de nacionalización de las masas. La idea de la nación se imaginaba como un dispositivo de reformas integradoras y diferenciaciones segregacionistas. Y sin embargo, estos discursos sin ternura seguían resanando una área legítima para la inmigración, y ni aun en ese caso extremo del darwinismo social argotizado configurado por la escritura de Carlos Oscar Bunge, se negaba la posibilidad de la legitimidad de la caza gubernamental del aporte europeo, sino nuevamente la propuesta de una tara regeneradora cuyos ejes se siguen ubicando en la didáctica de la laboriosidad y en la difusión de la cultura general. Articuladas por la moral del productor, e incluidas en instituciones tuteladas por las minorías europeas, las ideas de la nación iban a formar, así parte de un cuerpo nacional normalizado del cual habrían sido excluidas las fuerzas disolventes de la improductividad, el delito y la violencia política.

No obstante, aquel paradigma había experimentado en la crisis de 1890 una rápida impugnación, qui si no se centró sobre un modelo económico que nadie discutía de veras, se encarnizó en el seña-

lamiento de lo que fue percibido como una generalizada decadencia moral. Ya que, en efecto, dicha crisis fue leída bajo una cuadrícula ética que colocó en el afán "cartaginés" de enriquecimiento a todos los sectores y la actividad económica financiera vivida durante la presidencia de Juárez Celman. Sectores católicos, pero también liberales laicos y los nacientes agrupamientos radicales y socialistas coincidieron en este diagnóstico, y, en el seno de la sensibilidad fin de siècle, un creciente sentimiento de desconfianza erosionaba la legitimidad de la caza gubernamental, ensanchando la posibilidad de lamentaciones nacidas incluso en el interior de la misma ante la pérdida irreparable de una pola austera, como la que Pellegrini evocaba en la sobria morada de Valentín Alsina y que Miguel Cané ahorraba ante el espectáculo de su propia generación de amercachifes y tenderos...

Sobre este terreno crecería una tendencia ideológica que, en el ambiente cultural del modernismo literario, cristalizaría rotisamente en el *Artel* del uruguayo Rodó, donde el simbolo yanqui de un Calibá materialista se oponía al impulso estético, latino y hispano-crístico del genio del aire cuyo nombre da título a ese



ensayo de 1900. Alertando contra los peligros del cosmopolitismo y la democracia, este nuevo clima de ideas iba a fusionarse con la consigna de nacionalización espiritualista que caracterizaría un aspecto del balance histórico al que diversos intelectuales se sintieron convocados hacia el Centenario. Ricardo Rojas en *La revolución de la conciencia* iba a incluirse dentro de estas matrices para enunciar su desconfianza respecto de la extranjería, pero de todos modos su discurso circulaba dentro de una intención expresa que —desmarcándose de la influencia Barrios— se quería laica y democrática. En cambio, Manuel Gálvez en *El diario de Gabriel Quiroga* demandaba la permanencia de la caza gubernamental de los "tadós" los apóstoles de religiones extranjeras y de doctrinas sociales internacionales, dibujando en *nuce* unos temas que serían explotados de allí en más por el nacionalismo de derecha.

El proyecto de compulsión institucionalizada a la nacionalización propia del positivismo conviría desde entonces y junto con otros con este modelo de cristalización autoritaria de las nacionaldades, que fueron años de la fundación del *operativo rodó*, con propósitos desalmizados hacia el mito gaúcho, el espíritu de la sangre y las esencias de la tierra como murallas nacionales de contención contra la honda cosmopolita, y pronto con aplacaciones mucho menos fieras a las fuerzas armadas como ámbito de recomposición de una nación dividida y debilitada.

¿Qué hizo la prensa, qué hicieron los partidos, qué sindicatos —yendo por supuesto, al oficialismo— qué hizo el sindicalismo y el resto de los grupos de interés? ¿Qué hizo —y ésto es lo que nos interesa más— la izquierda? El tema no interesa: virtualmente nadie lo recogió para el debate y cuando se habla, por ejemplo de la Reforma Constitucional, se habla de la reforma del sistema presidencial y casi y éste es el caso de cierta izquierda, a la función de "cortina de humo" que esta discusión cumpliría, para tapar otros problemas más graves.

Recapitulemos, sin embargo, algunos de los temas lanzados al debate: Se habla, por ejemplo, de fortalecer el poder de las partidas de los partidos y las autoridades antiguas; en general, de facilitar mecanismos que facilitem la participación directa de la sociedad en las decisiones que la afectan. Se habla también de que la democracia debe ser un ejercicio de la vida cotidiana, para que entre decisión y ejecución no se establezca una cadena burocrática que impida la participación y la población en el control de la administración. De la modernización de la justicia y el establecimiento del juicio oral en el orden nacional. Por fin, de la necesidad de una reforma de la parte orgánica de la Constitución del 53, tendiente a combinar elementos del régimen presidencialista con elementos de los sistemas parlamentarios, para que el sistema funcione con eficacia no sólo simbólica los sueños y las pesadillas de algunos gobernantes que seguirán buscando "inmigrantes" disolventes sobre quienes descargar la culpa y el castigo por la mala realizada grandeza de este polo latino de América.

Por eso, si los mecanismos de confrontación con la otridad definen los modos como una comunidad se constituye en estratos profundos de mentalidad colectiva, entonces hoy también debemos pasar por la etapa de la formación de la cultura clasista de este país como un "crisol de razas", ya que cualquier recomposición democrática del presente tiene que contemplar en el espejo de la ideología argentina su rostro marcado por los pasados autoritarismos. Sin ello, puede resultar improbable la construcción de esa zona imaginaria de igualdad y libertad que los nómadas inventaron con el nombre de democracia para reconocerse mutuamente como auténticos sujetos del poder económico. Habría un mundo de la

Cuién coloca la "cortina de humo"?

La idea que se recoge es que las discusiones principales son derivadas (y por tanto secundarias), frente a la necesidad de debatir los temas primarios, que son los que vinculan con la estructura del poder económico. Habría un mundo de la

La reforma del estado

Una Constitución para la democracia

La propuesta presidencial de fundación de una Segunda República apenas ha merecido la atención de las fuerzas políticas. Instalada en la pura negatividad, la izquierda (al igual que la derecha) sólo se ve en ella una "cortina de humo". ¿No se olvida acaso que la reforma de la Constitución, transformación democrática del estado, descentralización, participación, solidaridad, constituyen algunas de sus consignas históricas?

Cuando el 15 de abril pasado el presidente Alfonsín pronunciaba su discurso concerniente a la fundación de una "Segunda República" la atención general se volcó sobre el propuesto traslado de la Capital Federal a la ciudad de Viedma. Ésa era la noticia sensacional para una industria periodística poco interesada en servir de marco a las realidades que, aunque más trascendentes, resultan menos aptas para ser procesadas como "novedad" en los titulares a toda página.

Porque en verdad en día no sólo se había mencionado en el discurso presidencial el traslado de la Capital sino que, explícitamente, el tema se encuadraba en una visión reformista que este debate debería estar presidida por los principios generales de descentralización, participación y eficacia en la gestión". El debate iba mucho más allá de una mudanza de la burocracia a la Patagonia. O, al menos, si no iba más allá, había que tratar de colgarlo más allá.

¿Qué hizo la prensa, qué hicieron los partidos, qué sindicatos —yendo por supuesto, al oficialismo— qué hizo el sindicalismo y el resto de los grupos de interés? ¿Qué hizo —y ésto es lo que nos interesa más— la izquierda? El tema no interesa: virtualmente nadie lo recogió para el debate y cuando se habla, por ejemplo de la Reforma Constitucional, se habla de la reforma del sistema presidencial y casi éste es el caso de cierta izquierda, a la función de "cortina de humo" que esta discusión cumpliría, para tapar otros problemas más graves.

Recapitulemos, sin embargo, algunos de los temas lanzados al debate: Se habla, por ejemplo, de fortalecer el poder de las partidas de los partidos y las autoridades antiguas; en general, de facilitar mecanismos que facilitem la participación directa de la sociedad en las decisiones que la afectan. Se habla también de que la democracia debe ser un ejercicio de la vida cotidiana, para que entre decisión y ejecución no se establezca una cadena burocrática que impida la participación y la población en el control de la administración. De la modernización de la justicia y el establecimiento del juicio oral en el orden nacional. Por fin, de la necesidad de una reforma de la parte orgánica de la Constitución del 53, tendiente a combinar elementos del régimen presidencialista con elementos de los sistemas parlamentarios, para que el sistema funcione con eficacia no sólo simbólica los sueños y las pesadillas de algunos gobernantes que seguirán buscando "inmigrantes" disolventes sobre quienes descargar la culpa y el castigo por la mala realizada grandeza de este polo latino de América.

Por eso, si los mecanismos de confrontación con la otridad definen los modos como una comunidad se constituye en estratos profundos de mentalidad colectiva, entonces hoy también debemos pasar por la etapa de la formación de la cultura clasista de este país como un "crisol de razas", ya que cualquier recomposición democrática del presente tiene que contemplar en el espejo de la ideología argentina su rostro marcado por los pasados autoritarismos. Sin ello, puede resultar improbable la construcción de esa zona imaginaria de igualdad y libertad que los nómadas inventaron con el nombre de democracia para reconocerse mutuamente como auténticos sujetos del poder económico. Habría un mundo de la

de izquierda, tan cargada de anacronismos, intelectualmente programciana, diríamos.

Pero bastaría con señalar una cuestión, salvo que adoptemos una posición nihilista, según la cual no existiría otra actividad política posible que la preparación clandestina de la revolución violenta, ¡qué sería el sentido de afirmar que las iniciativas referidas al funciona-

de izquierda, tan cargada de anacronismos, intelectualmente programciana, dirímos.

Pero bastaría con señalar una cuestión, salvo que adoptemos una posición nihilista, según la cual no existiría otra actividad política posible que la preparación clandestina de la revolución violenta, ¡qué sería el sentido de afirmar que las iniciativas referidas al funciona-

Juan Carlos Portantiero

la democracia es el que remite a cuál debería ser el carácter de ésta. Desde el peronismo y desde los partidos de izquierda se piensa que lo conseguido hasta ahora no son más que avances formales, por lo que se sigue considerando una (muy limitada) democracia, en relación con lo que sería una democracia "verdadera". Lo mismo opina la CGT, que ya a principios de 1984 dijera en una declaración que "la democracia por la democracia misma es propia de la mojigatería liberal".

Más allá de la carga de sustancialismo que continúa siendo visible, la democracia no es un tipo de sociedad sino una forma de régimen... no es difícil coincidir en que dicho régimen se halla necesitado de ampliación, a fin de angostar en lo posible las enormes distancias que separan a gobernantes de gobernados; esto es, en pocas palabras, que los mecanismos indicativos de la democracia representativa deberían ser más implementados por otros mecanismos.

Este es un tema importante, "muy real", por lo demás. Afianzar la democracia supone ampliar la participación ciudadana. En una sociedad movilizada y conscientiva, con una red asociativa tan extendida, con un peso corporativo y autoritario tan grandes y con una notoria debilidad de los partidos tradicionales, es difícil no en ningún modo simple. La democracia en la Argentina es mucho más una cuestión de creación —casi dura de invención— que de reinstalación. Forzosamente se plantea entonces el tema de la construcción de bases para un nuevo orden político. Entre otras la figura la posibilidad de una reforma de la Constitución.

Una Constitución para la democracia

El tema de la reforma constitucional no es de ninguna manera "pacífico". Hay sectores que piensan que quizás sea más importante dilatar la cuestión, limitando el compromiso democrático colectivo actual al cumplimiento del texto del 53, siempre vigiado. Una vez realizado ese ejercicio, la comunidad tendría planteada la cuestión de la reforma. Otra opción —más persuasiva— piensa a la Constitución como el producto de acuerdos previos en el interior de un sistema político consolidado. Esos acuerdos serían como el piso de garitas —el pacto constitutivo— sobre el cual podría instalarse el posterior debate sobre proyectos. Se trataría, en ese caso, de una Constitución de la democracia, que no es otra cosa que la continuidad ya confirmada en el sistema público. Otra opinión indica que en la situación argentina es posible pensar en la necesidad de una constitución para la democracia. Esto es: en la urgencia de plantear un gran debate que obliga a la sociedad a confrontar temas fundamentales que deberían expresarse en nuevas formas institucionales y en un texto constitucional reformista.

La pregunta que está detrás de esta opción es si hay posibilidades de consolidar la democracia en la Argentina sin introducir cambios en la estructura del estado que hagan cargo a una situación de complejidad social y de movilización colectiva sólo parcialmente contenida. Una opción es el federalismo, el federalismo liberal clásico. Consolidar no sería, en la crisis nacional, conservar o reforzar lo dado, sino cambiarlo.

Esta idea de un debate constitucional que busque "forzar" la realidad en la línea de los cambios más que a expensas de posteriores en la letra de la ley, es, por otra parte, un tema tradicional de la izquierda que en toda crisis suele reclamar la convocatoria a una asamblea constituyente.

Pero no pienso tanto en la inclusión de los llamados derechos sociales, que se



que decir sobre la cuestión. Dicho más brevemente: el debate sobre la reforma del estado, ¡ayuda! no a impulsar la constitución de un pensamiento y de una política de izquierda?

Hacia una mayor participación

Uno de los temas recurrentes en esta difícil transición desde el autoritarismo a

expresión de manera más bien retórica y descriptiva en la reforma de 1949 y de forma mucho más concreta en el artículo 14 aprobado en 1957 que, entre otras cosas, recoge en su texto reformado al derecho de huelga –descrito por la reforma del 49– y a la participación de los trabajadores en el control de la producción. Es decir, a una serie de temas todavía no abordados por la ley que el sindicalismo debería considerar como priorios.

Como cuestión central a proponer en el debate imprecindible que debe enfrentar la sociedad argentina coloco a la democracia democrática del estado viviendo con sus contradicciones. Argentina puede ser sólo el de consolidar las libertades individuales sino el de impulsar mecanismos de participación capaces de estimular transformaciones sociales. Para una perspectiva socialista el objetivo de la transición es doble: democratizar la sociedad y democratizar el estado; ambas deben existir y en profundidad la "libertad negativa" que impregna al garantismo del liberalismo clásico, debería ser ampliado en la línea de la "libertad positiva" de las modernas teorías sobre la democracia.

Al poseer mantener como dogma en el mundo de hoy la prescripción contenida en el artículo 22 de la Constitución de que "el pueblo no delibera y goberna sino por medio de sus representantes"?

Está claro que el sentido original de esa disposición era el de institucionalizar la vida política del país después de décadas de arbitrariedades. Al efecto la segunda parte del artículo contemplaba la creación del federalismo, la vigencia de la autonomía provincial, la participación por parte de la comunidad de los servicios esenciales), hasta la reforma de organizaciones como las fuerzas armadas, para ponerlas al servicio de la república democrática.

Pero ya es hora de pensar como lo han hecho la enorme mayoría de las constituciones modernas, en la necesidad de dar nuevas vías de participación a las ciudades y a las autoridades del estado. Es decir, si el trayendo tema de la "democracia participativa" —como ampliación y no negación de la democracia representativa— no debe ser ya planteado como un debate serio. ¿No nos conformaremos con una democracia basada en una competencia entre élites, desarrollada en un entorno de dependencia de los gobiernos? Eso, además de responder a cualquier ideal socialista sobre la vida política, sería mortal para la democracia a secas: quisiera insistir que, entre nosotros, una de las condiciones de su supervivencia es la posibilidad de su cambio hacia formas más participativas.

Es éste no es simple, porque nuestras tradiciones políticas populistas y socialistas viven el tema confusamente, entre el puro plebiscito en la calle, extra-institucional, o la institucionalización de la "comunidad organizada" como un corporativismo alternativo de la democracia representativa.

En cualquier régimen democrático las instituciones representativas burguesas y las representativas populares y socialistas viven el tema confusamente, entre el puro plebiscito en la calle, extra-institucional, o la institucionalización de la "comunidad organizada" como un corporativismo alternativo de la democracia representativa.

En cualquier régimen democrático las instituciones representativas burguesas y las representativas populares y socialistas viven el tema confusamente, entre el puro plebiscito en la calle, extra-institucional, o la institucionalización de la "comunidad organizada" como un corporativismo alternativo de la democracia representativa.

Desde alguna izquierda suele decirse que plantear los problemas de la democracia participativa sin revisar previamente la desigualdad económica y social es un acto de irresponsabilidad. De modo similar se trataría de un círculo vicioso: es cierto que una condición de la democracia participativa es la reducción de la desigualdad, pero, a la vez, parece poco probable que ello se consiga sin una participación democrática mucho más fuerte. "No podemos lograr más participación democrática sin un cambio previo en la desigualdad social" es la conclusión que no podemos lograr los cambios de la desigualdad social y la conciencia si antes no aumenta la participación democrática". Si esto vale para una situación "roussesuiana" como la que se vivía en Rusia en 1918, ¿qué decir sobre los discursos "participativos" montados sobre el corporativismo, como se usan en la Argentina?

Es cierto que esas instituciones representativas que, en palabras de Norbert Bobbio, son las que permiten tomar decisiones colectivas sobre la base de un debate libre, constituyen sólo el piso mínimo de la democracia moderna.

Dijo, incluso, que la necesidad de ampliar la democracia representativa es una condición para poder mantenerla. Sociedades como la argentina configuran tejidos de relaciones muy complejos en los que actores sociales movilizados buscan volcar sus demandas sobre el sistema polí-

El PS y la reforma de la Constitución

Ricardo Nudelman

Las elecciones convocadas para reformar la Constitución que se celebraron el 27 de julio de 1957 fueron las últimas a las que el Partido Socialista concursó en forma unificada, antes que un proceso de sucesivas y tensas divisiones lo dividiera. Dicha práctica desapareció de la escena política argentina, tal vez de acuerdo a Alfredo L. Palacios sumó 525.721 votos, consiguendo el 6,4 % del electorado nacional y alcanzando la tercera ubicación en tres distritos, dos de ellos de la importancia de la Capital Federal y la Provincia de Buenos Aires.

Al inaugurar la San Martín Convención Constituyente que inició el año anterior el Litigio desde el 30 de agosto hasta el 14 de noviembre del mismo año, los convencionales socialistas llevaban entre sus papeles un anteproyecto de Constitución, cuya presentación se vio frustrada por la abrupta disolución de la asamblea que presidía Ignacio Palacios Hidalgo. Si bien el anteproyecto proyectado permaneció en sombras, la única copia encontrada no lleva firma ni constituye un documento oficial del partido, su texto, además de proporcionar interesantes pistas para el conocimiento de las principales líneas del pensamiento socialista en un pasado reciente, puede brindar una serie de elementos para la discusión actual del tema de la reforma constitucional.

Al efecto el anteproyecto establece el derecho a la huelga, el derecho a la participación en la ganancias de las empresas. También declara el derecho de todos los habitantes a preventa su vejez, enfermedad, desoccupación, invalidez o "infortunio", conforme a un novedoso concepto que presenta el anteproyecto. En otras palabras, el socialismo no se limita a la administración estatal de los servicios esenciales, hasta la reforma de organizaciones como las fuerzas armadas, para ponerlas al servicio de la república democrática.

Pero ya es hora de pensar como lo han hecho la enorme mayoría de las constituciones modernas, en la necesidad de dar nuevas vías de participación a las ciudades y a las autoridades del estado. Es decir, si el trayendo tema de la "democracia participativa" —como ampliación y no negación de la democracia representativa— no debe ser ya planteado como un debate serio. ¿No nos conformaremos con una democracia basada en una competencia entre élites, desarrollada en un entorno de dependencia de los gobiernos? Eso, además de responder a cualquier ideal socialista sobre la vida política, sería mortal para la democracia a secas: quisiera insistir que, entre nosotros, una de las condiciones de su supervivencia es la posibilidad de su cambio hacia formas más participativas.

Es éste no es simple, porque nuestras tradiciones políticas populistas y socialistas viven el tema confusamente, entre el puro plebiscito en la calle, extra-institucional, o la institucionalización de la "comunidad organizada" como un corporativismo alternativo de la democracia representativa.

Sobre el régimen de libertad y seguridad individual. Ante de la fuerte tendencia estatizante del anteproyecto en lo referido al régimen económico, el capítulo dedicado a las garantías de los derechos individuales tiene una particularidad. Declara la inviolabilidad de la seguridad individual y garantiza la inviolabilidad de la conciencia, la defensa en juicio (que se extiende a los defensores en ejercicio de su ministerio), la correspondencia epistolar y las comunicaciones telefónicas. Asimismo, regula minuciosamente la acción de hábeas corpus, determina que la responsabilidad penal sea de la persona que aplica a los jueces la aplicación del principio de analogía y el sobreseimiento provisional.

Sobre los derechos sociales. El trabajo aparece tutelado en todas sus formas y aplicaciones. "Toda persona tiene el deber de trabajar y el derecho de obtener un empleo". La defensa de los derechos y los intereses de los trabajadores por la acción sindical es considerada como prioritaria. La libertad sindical es garantizada. Asimismo, establece el derecho de huelga, el derecho a la participación en la ganancias de las empresas. También declara el derecho de todos los habitantes a preventa su vejez, enfermedad, desoccupación, invalidez o "infortunio", conforme a un novedoso concepto que presenta el anteproyecto. En otras palabras, el socialismo no se limita a la administración estatal de los servicios esenciales, hasta la reforma de organizaciones como las fuerzas armadas, para ponerlas al servicio de la república democrática.

Al efecto el anteproyecto establece el derecho a la huelga, el derecho a la participación en la ganancias de las empresas. También declara el derecho de todos los habitantes a preventa su vejez, enfermedad, desoccupación, invalidez o "infortunio", conforme a un novedoso concepto que presenta el anteproyecto. En otras palabras, el socialismo no se limita a la administración estatal de los servicios esenciales, hasta la reforma de organizaciones como las fuerzas armadas, para ponerlas al servicio de la república democrática.

Pero ya es hora de pensar como lo han hecho la enorme mayoría de las constituciones modernas, en la necesidad de dar nuevas vías de participación a las ciudades y a las autoridades del estado. Es decir, si el trayendo tema de la "democracia participativa" —como ampliación y no negación de la democracia representativa— no debe ser ya planteado como un debate serio. ¿No nos conformaremos con una democracia basada en una competencia entre élites, desarrollada en un entorno de dependencia de los gobiernos? Eso, además de responder a cualquier ideal socialista sobre la vida política, sería mortal para la democracia a secas: quisiera insistir que, entre nosotros, una de las condiciones de su supervivencia es la posibilidad de su cambio hacia formas más participativas.

Sobre la organización del gobierno. En términos generales, el anteproyecto del Poder Legislativo y la del Poder Judicial aparecen fortalecidas frente a los Ejecutivos. Por ejemplo, el anteproyecto suprime la facultad del Ejecutivo de intervenir las provincias que la Constitución de 1853 autoriza con anuencia del Congreso. El texto del anteproyecto, esta facultad es una atribución del Congreso y, aún en el caso de que éste no cumpla su función, el Ejecutivo o el Legislativo tienen la facultad de limitarla. Sobre el tipo de Estado "La Nación Argentina es una República laica, federal, democrática y social", declara en su artículo 1, donde "todos los habitantes tienen idénticas dignidades social y son iguales ante la ley, sin distinción de sexo, idioma, religión, condición social y cultura".

En el caso de la República Argentina

el anteproyecto establece:

"...y la igualdad de los habitantes"

Asimismo, establece como precepto constitucional el régimen electoral de representación proporcional, uniforma la duración de los mandatos de senadores y diputados en seis años (con lo cual el calendario electoral se fija cada tres años). Se establece la separación entre el Poder Ejecutivo y el Poder Legislativo y la separación entre el Poder Judicial y la administración. La unidad de los estados y provincias se mantiene dentro de la segunda es un sistema de Consenso de Estados, compuesto por seis miembros por la mayoría y por la minoría, en el que cada uno de los miembros de la mayoría asume, por el período de un año y en forma rotativa, el cargo de Presidente del Consejo, de un modo similar al sistema de Consenso de Estados de la Unión Americana. Finalmente, el anteproyecto concede particular importancia a la institución del Municipio libre, base de la división territorial y de la organización política y administrativa de las provincias.

Quisida esta breve descripción del anteproyecto socialista, aunque no permita apreciar en toda su magnitud la originalidad de muchas instituciones que presenta, contribuya a la discusión sobre la reforma constitucional, poniendo de manifiesto que la controversia en torno de este tema excede el marco meramente jurídico y coloca la reflexión en el espacio abierto del debate acerca del modelo de país al que aspiran los argentinos.

Frivolidad y computadoras

Héctor Schmueler

Algunos asesores presidenciales, fascinados por la tecnología, se rinden ante el prometido espectáculo de un mundo informatizado. Sin embargo, detrás de la revolución informática existen sólidos presupuestos intelectuales que aluden a una visión del universo y al sentido de la vida de los hombres. Si el objetivo buscado es su bienestar, éste debería ser el referente privilegiado para la elección tecnológica, sin olvidar que lo demócratico tiene que ver con la participación de la gente y no con la eficacia instrumental.

do para estimularlos con un porvenir que, ya definido, nos estaría aguardando.

Todo es cuestión de acertar con el rumbo y parecería que algunos asesores lo han hecho. La idea del buen camino está flanqueado por terrenos de fantasmas y laboratorios de ingeniería genética.

Es aventurado anticipar lo que ésta última deparará a los países periféricos desde el punto de vista económico y de la satisfacción de sus necesidades materiales básicas. Si se conoce ya la alarma de numerosos científicos que preguntan si tenemos la capacidad de manejar la información que la revolución informática ha producido, la eficiencia y la eficacia instrumental que la tecnología promete a la hora de promover las tecnologías informáticas.

En el caso de la Argentina parece surcada por el culto a lo moderno: "lo que existe hace poco tiempo", según una de las acepciones del diccionario. Profesamos, reiteradamente, la convicción de que todo comienza cada día. Cuando la memoria es inventiva, la construcción de algo nuevo responde a la memoria del pasado. Hoy se avanza posterga la cultura. Y es que las posteriores, porque un día resarcen al olvido de la "fiesta" iba a escribir y, en realidad el olvido es una fiesta ilusoria).

Maradona tuvo la virtud de recordarnos cuánta frivolidad impregna a los argentinos. "Yo creo que es injusto que haya tantas personas que viven en la miseria", decía el futbolista, solo en el balcón de la Casa Rosada, celebrando la alegría común con la multitud reunida en la Plaza de Mayo. El presidente impuso un tono de sabia modestia al exceso deportivo. Ejercitó de serie privilegio público que, cuando lo practica, se acuerda con la misma facilidad que una sencilla oración. Preguntado: "¿Usted es un fanático de la tecnología?", respondió: "No, en cambio, el mismo día en que Cañero

superficializó la relación entre política y deporte en la Plaza Once, Alfonso

al prometer terminales de computadoras para todos, impone en la Plaza de Mayo un rasgo de banalidad a la memoria histórica. Los deportes, en la medida en que se realizan en la arena, no son asunto arrebatador con computadoras. Las insostenibles fantasías de Serván-Schreiber, prometedoras de soluciones informáticas para el tercer mundo que, contra la opiniónde los más avanzados países europeos y franceses, cultivaron a François Mitterrand, naufragaron con estrépito junto con las ilusiones de países como Colombia y Venezuela que habían prestado oídos al autor de *El destino mundial*.

Mientras tanto el mundo ofrecido por Alvin Toffler en *La tercera edad* —que se extiende desde la infancia hasta la vejez— no es algo que permanece en el mundo de los negocios. El estado debería ser algo más que un negocio. Si el objetivo buscado es el bienestar de los seres humanos, este bienestar —que no se agota en el pan nuestro de cada día— debería ser el referente privilegiado para la elección tecnológica.

Al pensamiento siberiano, que sólo se ocupa de la eficiencia y la comodidad entre las máquinas. El desprecio por la memoria histórica habría que pensarlo como parte de la creciente mitematización de los hombres con las máquinas. Estas sólo necesitan la información necesaria para actuar en el presente. El pensamiento siberiano, que desprecia la fascinación propia desde la casa de gobierno y a través de la inventaria, arranca construir un mito ingobernable.

Lógica de vendedores

Claro está que el Presidente, sabedor de que la memoria puede hacer sospechosos

el futuro, suele intentar cancelar el pasa-

ndo ignorar la memoria. Los asesores del Presidente no pueden ignorar la memoria de estos cosas. La Secretaría de Programación y Presupuesto de México, en uno de los trabajos más severos hechos por un estado latinoamericano, mostró hace tiempo esta habilidad de los vendedores.

Notas sobre la modernización

Néstor D'Alessio

Contrastando con la imagen de un Buenos Aires decadido, en el que edificios grises, paredes descascaradas y veredas rotas otorgan al paisaje un aire de melancólica decadencia, se asoman en las librerías los textos de la historia del libro de los autores que, en su mayoría, se dedican a la literatura de best-sellers; confirmando la avidez de los argentinos por saber cómo es ese otro mundo "maravilloso" de la tecnología moderna que los países del norte desarrollados están construyendo aceleradamente, y qué cosa deberíamos hacer para que podamos acceder a él.

La frivolidad nos confunde. La tragedia de la muerte se mezcla con la sordidez del pequeño rédito político. Los senadores que propusieron que Argentina se retire del torneo mundial para evitar el juego con los ingleses confabulan en la repetida práctica del olvido. Si Cañero hubiera imaginado la final Alemania vs. Argentina, seguramente no habría lanzado, ante miles de personas, la broma de sugerir que el Presidente de la Repubblica podria no querer despedirse a Bilbao. Era el 23 de mayo, año no había comenzado el campeonato y la figura aludida a la incapacidad e indecisión del gobierno. El público que se reunió con el ingenio político-deportivo del orador, pocas veces más bien extraño y amenazante

ción social), en el nublo el aparato de las propuestas oficiales —sociedad y desarrollo, modernización y cultura— se desmorona ante la crisis actual. Pero, sin desconocer la magnitud de la "brecha tecnológica" que nos separa a de los países avanzados, ¿no es acaso más profunda la "brecha organizativa" y, en consecuencia, no debería prestársela tanta o más atención?

Chomsky es un testigo, en la Argentina la crisis de sentido se asocia

con la descalificación de la ética y la solidaridad—orientadas

a sacar a la Argentina de su crisis actual,

por lo menos a administrarla de tal maner

ra que el país, con los menores costos sociales posibles, esté en condiciones de aprovechar al máximo los beneficios even-

tualas de una futura recuperación de la economía.

La modernización, entonces, genera reacciones desencadenadas por la pro-

posta de modernización, por lo menos

en su dimensión tecnológica. Por un lado

están aquellos intelectuales y políticos que se inclinaron por descalificar irónicamente, haciendo alusión al carácter de

organizaciones y de las empresas oficiales

—sociedad y desarrollo, modernización y cultura—orientadas

a sacar a la Argentina de su crisis actual,

por lo menos a administrarla de tal maner

ra que el país, con los menores costos sociales posibles, esté en condiciones de aprovechar al máximo los beneficios even-

tualas de una futura recuperación de la economía.

La modernización, entonces, genera reac-

ciones desencadenadas por la pro-

posta de modernización, por lo meno

s en su dimensión tecnológica. Por un lado

están aquellos intelectuales y políticos que se inclinaron por descalificar irónicamente,

haciendo alusión al carácter de

organizaciones y de las empresas oficiales

—sociedad y desarrollo, modernización y cultura—orientadas

a sacar a la Argentina de su crisis actual,

por lo menos a administrarla de tal maner

ra que el país, con los menores costos sociales posibles, esté en condiciones de aprovechar al máximo los beneficios even-

tualas de una futura recuperación de la economía.

La modernización, entonces, genera reac-

ciones desencadenadas por la pro-

posta de modernización, por lo meno

s en su dimensión tecnológica. Por un lado

están aquellos intelectuales y políticos que se inclinaron por descalificar irónicamente,

haciendo alusión al carácter de

organizaciones y de las empresas oficiales

—sociedad y desarrollo, modernización y cultura—orientadas

a sacar a la Argentina de su crisis actual,

por lo menos a administrarla de tal maner

ra que el país, con los menores costos sociales posibles, esté en condiciones de aprovechar al máximo los beneficios even-

tualas de una futura recuperación de la economía.

La modernización, entonces, genera reac-

ciones desencadenadas por la pro-

posta de modernización, por lo meno

s en su dimensión tecnológica. Por un lado

están aquellos intelectuales y políticos que se inclinaron por descalificar irónicamente,

haciendo alusión al carácter de

organizaciones y de las empresas oficiales

—sociedad y desarrollo, modernización y cultura—orientadas

a sacar a la Argentina de su crisis actual,

por lo menos a administrarla de tal maner

ra que el país, con los menores costos sociales posibles, esté en condiciones de aprovechar al máximo los beneficios even-

tualas de una futura recuperación de la economía.

La modernización, entonces, genera reac-

ciones desencadenadas por la pro-

posta de modernización, por lo meno

s en su dimensión tecnológica. Por un lado

están aquellos intelectuales y políticos que se inclinaron por descalificar irónicamente,

haciendo alusión al carácter de

organizaciones y de las empresas oficiales

—sociedad y desarrollo, modernización y cultura—orientadas

a sacar a la Argentina de su crisis actual, por lo menos a administrarla de tal maner

ra que el país, con los menores costos sociales posibles, esté en condiciones de aprovechar al máximo los beneficios even-

tualas de una futura recuperación de la economía.

La modernización, entonces, genera reac-

ciones desencadenadas por la pro-

posta de modernización, por lo meno

s en su dimensión tecnológica. Por un lado

están aquellos intelectuales y políticos que se inclinaron por descalificar irónicamente,

haciendo alusión al carácter de

organizaciones y de las empresas oficiales

—sociedad y desarrollo, modernización y cultura—orientadas

a sacar a la Argentina de su crisis actual,

por lo menos a administrarla de tal maner

ra que el país, con los menores costos sociales posibles, esté en condiciones de aprovechar al máximo los beneficios even-

pendiente de nuestra economía y a la severa limitación que representa la deuda externa para cualquier proyecto serio de renovación tecnológica del aparato productivo, las comunicaciones y los servicios. Por el otro nos encontramos con quienes, poco familiarizados con los problemas derivados de la incorporación de tecnologías modernas en estructuras relativamente atrasadas, confían ciegamente en la modernización tecnológica como instrumento privilegiado en la resolución

de la crisis actual.

En un intento de breve comentario, No es mi intención negar las dificultades de concebir y ejecutar un programa de modernización tecnológica en el marco restrictivo de la deuda externa. Sin embargo, y sin excluir la posibilidad que —en un escenario internacional cambiante— la Argentina pudiese renegociar las condiciones de pago de su deuda exterior, creo que la discusión sobre la modernización tecnológica debe ser abordada. Particularmente cuando los fantasmas del atraso y la ansiedad por evitir precipitarn decisiones que, en lugar de aumentar la eficacia, podrían contribuir a su dimensión.

Es oportuno mencionar la "brecha tecnológico" que separa a nuestro país de los más desarrollados. Sin embargo observaciones directas en freas de relativa modernidad tecnológica y conversaciones con expertos extranjeros de visita en la Argentina confirmaron que una primera impresión: más profunda que la "brecha tecnológica" es la "brecha organizativa" que nos separa de los países avanzados; esto es, las serias deficiencias que la organización del trabajo presenta en la Argentina, tanto en el área de servicios, como en el sector público como en el privado. En ese sentido, quienes piensan sortear las dificultades originadas en una pésima organización del trabajo mediante la aplicación intensiva de técnicas informáticas, tal como se vislumbra, por ejemplo, en ciertas concepciones de la reforma del estado, podrían sufrir un desencanto cuando la técnica no rinda aquello que se espera de ella.

Las empresas desarrolladas en el campo de la aplicación de tecnología moderna tiene lugar no sólo en condiciones de mercado específicas, sino también en el marco de estrategias organizativas bastante bien definidas y elaboradas, cuyo proceso de maduración puede alcanzar varios años; esto es, un horizonte temporal que contrasta con la precipitación argentina en materia de desarrollo. En tales casos, si resulta difícil tener la dominación del mercado, es posible actuar sobre la dimensión organizativa aumentando la eficacia de la tecnología incorporada y en

algunos casos, por qué no, haciendo innecesaria su utilización. Quisieraclaro lo dicho con un ejemplo europeo. El grado de informática de la banca alemana es considerable, que es más que en Francia, y la fusión de transferencia electrónica de fondos está más difundida en Alemania Federal que en Francia. Esto es el resultado de una *temporada formal* de teres manifiestan por la informática. Por el contrario, quienes se interesan en ello son alumnos regulares en el resto de las disciplinas. ¿Es que estamos acaso en los comienzos de la era de la informática? Hostiles, y analistas informáticos?

No cabe duda de que la informática, la robótica y otras innovaciones técnicas serán reflexionada.

En el caso francés la informatización —que se ha implementado en un sistema de formularios y cheques emitidos por cada banco dificultando la expansión de la transferencia electrónica de fondos y reduciendo la eficacia de la informatización—. No resulta difícil entonces —conociendo las tradiciones organizativas del sistema argentino— imaginarse un futuro burocrático en el que las computadoras serían las únicas autorizadas a manejarlos. Y lo que procede heredado del pasado, a menudo la informatización se inserte en una estrategia organizacional clara y definida orientada a simplificar realmente la administración.

Otro ejemplo es la educación. La informática puede llegar a convertirse en un complemento, incrementando la actividad del docente, la de aprendizaje de los alumnos y la de evaluación, de la actividad pedagógica.

y derivando la apropiación de conocimientos elementales y técnicas repetitivas de la computadora, a condición de que existan los programas de estudio y la materialidad correspondientes. En el mundo de las demandas y las necesidades de la sociedad y la universidad tiene lugar en el marco de instituciones que, aun dejando mucho que desear, por lo menos acostumbraron a los alumnos a una frecuentación autónoma de laboratorios, bibliotecas y archivos. También en este caso, la orientación de la enseñanza a la introducción de la técnica son determinantes respecto del uso eficaz de la misma. Conviene recordar, entonces, que la modernización de la estructura educativa nacional, entre otras cosas, antes que por su importancia propia, es un factor que, en su fondo muy resaltado, debe ser no sólo la formulación de nuevos planes de estudio sino también la elaboración de formas de apropiación y transmisión de conocimientos que, dada la escasez de recursos disponibles, aseguren la mayor autonomía posible de

los alumnos. De cualquier manera, vale la pena mencionar los resultados de una investigación empírica realizada en las escuelas secundarias del estado de Nordhessen-Westfalen, en Alemania Federal, según los cuales los mejores alumnos en promedio son aquellos que menos in-

Però la modernización no se agota en su dimensión tecnológica. La palabra está preñada de su propia historia y en la polémica reciente no faltaron quienes recordaron su asociación con determinadas imágenes del hombre público, del ciudadano "racional" y "desencantado", mien-

Iras que otros se dedicaron a evocar los fantasmas de la modernidad y los exaltados del progreso, las esencias de la modernidad. Sería ingenuo negar que la propuesta de modernización, entendida como racionalización, contiene también una determinada representación sobre la organización de la vida social y política en cuyo marco determinadas dimensiones de lo humano son preferidas respecto de otras; por ejemplo, la argumentación racional frente a la convocatoria carismática

8. *Methodological issues*

Enfasis

acción social no significa, sin embargo, escamotear el conocimiento de que "el revestimiento carismático de la razón" es la forma última que asume el carisma en la vida moderna. No se trata, entonces, de absolutizar opiniones ideales y mucho menos desconocer la existencia en sociedad de creencias modernas que la escogen "en el marco" de la realidad existente—de una pluralidad de racionalidades materiales cuya legitimidad no admite una cancelación a priori. Precisamente, el desafío de la modernidad consiste en construir un marco institucional en el que "la lucha entre los viejos dioses"—que hoy aparecen revestidos de formas más o menos secularizadas—se termina con la muerte civil o física del adversario.

En cuanto a los fantasmas, es necesario esperar el futuro para adivinar sus posibles encarnaciones. La Argentina es hoy un país socialmente escondido, mucho menos igualitario que en el pasado. De modo similar, las formas de la cultura material y cultural de la civilización material no se nos presentan como las tradiciones materiales que, con el tiempo, contribuyan a convertirlo en una realidad: hombres y mujeres abogados por las dificultades de la vida cotidiana no constituyen el fundamento más adecuado para la vida democrática, a menos que se los convierta, y acepten ser convertidos, en un número de heroísmos que cumplan la función al bienestar más posible de la democracia. En todo caso, en por de la búsqueda legítima de orientación, alivio y consuelo espiritual —el espíritu de un mundo desesperitado— esos hombres y mujeres podrían devenir el instrumento privilegiado de un integramismo político que bloquearía toda posibilidad de reconstrucción de la cultura. Los rasgos heredados conservan realidad, pero no necesariamente porque la Argentina se habría hecho más moderada, sino simplemente más pobre.

Suplemento/1

El crónico dualismo

Ramonda Gómez Estévez

bien sutilmente dirigido en un sentido de bien universal porque así mandan las leyes de la evolución y el progreso — en que regió el destino de la humanidad, — en el gran fin de la formación nacional. Admitió sin reservas la idea de la capitalización — que venía desde los tiempos de Rivadavia — por cierta similitud entre las ideas de la capitalización y las ideas de Buenos Aires. Al constituirse en 1853 la Confederación, esto es las Provincias de Buenos Aires, él comprendió que "la máquina" de la centralización que debía vertebrar su concepción quedaba fuera del aparato formal, poniéndose en peligro la propia existencia de la confederación. De modo que, para salvaguardar la confederación, ésta, la centralización que él propugnaba no estaba concibida en beneficio de Buenos Aires, sino a favor de la "integridad" constitucional o nacional: es la centralización para la integridad. La palabra "integridad" está presente en la ideología teórica desde el Fragmento, y podría tal vez remontarse al Tratado de Rosario y a la Unión de 1831. Teóricamente, el concepto se veía vigorizado por las lecciones del sociologismo orgánica de Spencer; pero se había anticipado en Alberdi en muchos años al conocimiento de la obra del gran sociólogo inglés.

capital convencional, y la capital nacional, o sea la que resume en sucesión integradora todo el sistema orgánico. Pero es solamente barbarismo haber llamado — y continuar llamando — capital federal a Buenos Aires, ciudad en que la capital anatómico-fisiológica ha devorado a la que una vez se designó con el pie de cordero del sistema orgánico. La capital de Buenos Aires es la capital nacional y nacionalista o nacionalizante del país; no su capital federal. Su función biológica, como la de Nueva York en su país, es fisiológicamente desfederalizadora. Ensayadorda por los propios ruidos de su hipertensión nacionalista, ignora la infusa armonía suspendida que tuvo en su existencia la esperanza de la integración. No se acuerda granejar el verdadero federalismo. Pero el remedio constitucional no podría jamás depender del todo de un simple traslado de la capital convencional lejos de la capital anatómico-fisiológica. En el planteamiento del orden constitucional no vale el planteamiento de la estabilidad o la permanencia: — cuentan las balanzas. Acontecería que, con la capital convencional, se habría agregado un nuevo eslabón a la cadena que ata todo el sistema a la capital fortuita. El remedio requeriría mucho más que

la razón federalista más que la conciencia política del provincial, hoy descazada de toda voluntad autonomista. Económica y demográficamente los límites interprovinciales están definitivamente borrados. Bajo la convención cartográfica circular holgadamente un enorme fraude político, pero biológico. Hay siembra de la enfermedad de la fiebre amarilla soberana que cubierta en comunidades virtuales irreconciliables. Como entra la Ciudad actual y la campaña que le atañe. Cada provincia sugiere hoy naturalmente la idea de región con un sentido categórico y fundamental que tiene menos que ver con la comunidad de paisajes y tradiciones — según la antigua acepción — que con la necesidad de una urbanización orgánica, o sea de interrelación entre provincias que se salen de sí y se vuelcan sobre otras en exigencias biológicas inconciliables. No hay provincias autónomas; solo hay interprovincias. La regla es el sistema de intereses biológicos. La convención cumple el equilibrio general dentro de un cuadro de interrelaciones dinámicas provinciales. Esta es la gran función provincial, si sus órganos todavía dentro de la estructura constitucional del país, y las convenciones jurisdiccionales y las

La evolución histórica ha concedido a la concepción neofascista de la forma albertiana, la llevado quizá a su última consecuencia. Hubiese sido tal vez más seria que, en dirección al otro polo, hubiese llegado a una conclusión que salvase el abismo que la concepción abria entre la unidad indispensable y la pluralidad necesaria.

Buenos Aires ha cumplido, acabadamente, su papel constitucional y educativo. El otro aspecto de la farsa, si habrá otro, no lo atañía, no cabía pedirselo a ella; quedaba para el resto del país; pedirle a ella eso otro, la función que mandaba —bastante implícitamente— la otra fá de la cuestión constitucional, motivos.

(Un primer esfuerzo de inspiración

que, sólo constituiría un aviso parcial.

Tampoco el ideal federalista podría ser considerado un factor decisivo, en las cuales, definitivamente desaparecidas, subordinadas, filializadas, paraídas alente nacionalista y centralizador, la conciencia constitucional es hoy totalmente inoperante y nula. Ninguna provincia ha alentado jamás hoy el menor movimiento federalista serio; en ninguna de ellas podría encontrarse una entidad más asiduamente dedicada a la lucha a la gente en los principios esenciales del federalismo; no podría recordarse siquiera un congreso o una reunión destinados a debatir sus vitales

pero si hay una pasión federalista argentina verdadera, *censo cifra* simplemente el sentimiento del gran desequilibrio político entre las Provincias y la Capital¹. La cuestión social² ¿es también la cuestión geopolítica? Sería también seguir hablando hoy, como hace un siglo, de «misiones coloniales colectivas», «ministros de las provincias»; se hace un siglo pedían —dicen teorizadores— caudillos autocráticos y paternales, hoy pidieran autonomías democráticas?

El federalismo es una compensación a fondo. No vale quejarse del gran desequilibrio nacional. La debilidad de Bue-

habría sido, sería, como pretender que un ser de una especie tan avanzada oír se de otra especie, que no es más que de hacer renacientes fábulas que árbolos frutales.

Resaltó el fin biónico que después de todo las únicas voces que mentían el federalismo se alzaron precisamente allí, en el Congreso Federal, y la voz que se levantó para negarlas, si bien es verdad que lo mantienen solamente en discursos de ocasión y sin abandonar jamás en el repaso de las fines ni en la ponderación privada y puramente patriótica, es decir no comprendiendo a intereses de partido o interés, avanza en su voluntad de constante afirmación de voluntades federales, aunque usando poco la palabra a propósito. ¿No ha sido el que intentó IPNOA (Instituto de Planificación Integrada) en Oviedo, presidente del Consejo del Estado (en 1946). No alcanzó a durar fruto; si el gobierno nacional se interpuso, y los provinciales no estaban en condiciones culturales y morales de integrarse. Pero no le daría fuerza alguna al federalismo, porque él lo impropereaba. Pero lo que es la fuerza y la hegemonía. Si en vez de decir hoy el orden nacional la fortaleza de Buenos Aires contra la debilidad de las Provincias, cifrara también la fortaleza de las Provincias, con el efecto de tener a su lado de una capital de nación verdaderamente poderosa. La acrogamilla ya no estaría de salud.

¿De qué está hecha ahora la realidad

resarcirlo. Se ha querido limitar la "urbanización del interior", reflexionando inequívocamente la invertida mentalidad de polarización sobre un vértice único que preside la conciencia constitucional argentina. Quiso oponérsela esta otra divisa: "mediatización del litoral", más fiel a la vocación propiamente federalista de aquel intento.

En el fondo, el intento, con separación de la mesa provincial cartográfica, para nutrir y vigorizar las condiciones de existencia local, remediando en bloques orgánicos imponentes individuales, fijó el eje de la conciencia política. La necesidad de orientarse la conciencia constitucional? Como en todas partes, esa realidad cabe dentro de las ideas generales de aumento creciente de la población, urbanización creciente, creciente industrialización, socialización creciente, creciente progreso tecnológico. Todas esas ideas envuelven inmanejable la de una conciencia de desindividificación, de encetraciones, fenómenos que están en la esencia del desenvolvimiento histórico contemporáneo; son como lo que la conciencia política encuentra, como objetivamente

podrá jamás es volverlo federal. Esto es cosa que escapa ya a sus arribos.

La historia política conoce dos especies de capitales nacionales: la capital formal o convencional y la que podría llamarla "capital informal". Ambas especies pueden darse separadas en algunos países; en otros, fundidas en una sola. Washington es la capital convencional de un país cuya capital orgánica está potencialmente en otra ciudad o concepto básico sustentado por aquella entidad. La provincia no muere actualmente con sus límites cartográficos. Con la Ciudad, que no muere en la "city", y la expansión urbana que sigue por la "ring road urbanización", mientras los urbanitas—cada provincia se proyecta sobre otras, no en simple cadena de vecindades de buena voluntad o de voluntades de buena vecindad, sino en intusivas concepciones vitales, en enclaves interfiriendo

Canal Feijóo y el federalismo democrático

Bernardo Calán-Feijóo (1897-1982) fue uno de los pensadores que con mayor persistencia y espíritu crítico abordó el estudio de la estructura constitucional de nuestro país. Su obra es una constante en la que se observan cambios suyos permanentemente inhalambables y a los que convendría retornar. Citemos, por ejemplo, *De la estructura mediterránea argentina* (1948), *Teoría de la ciudad argentina* (1951) y *Constitución y revolución* (1955). Cuando la convocatoria por el gobierno de la Revolución Libertadora a una Asamblea Constituyente colocó el tema a la orden del día, Calán-Feijóo publicó su ensayo tal vez más iluminador sobre el federalismo argentino, que leído después de las demandas del presente adquiere una inusitada actualidad. Nos referimos a *La ilustración como problema*, que es el problema nacional por excelencia. Su realización como ideal supone necesariamente un rechazo de las grandes abstracciones unificadoras y un poner sobre sus verdaderos pies a la nación en la medida en que se constituye a partir de la sociedad y no del gobernante. Vuelve a encontrarse en las páginas de este libro el espíritu que nutrió a algunos pensadores argentinos que, al igual que él, hicieron depender de un federalismo efectivo la posibilidad de constitución de una República democrática. Arrancamos de la convicción de que en el pasado argentino es posible rastrear un filo federalista que sigue la tradición europea y social, y que en la actualidad la probabilidad de proseguir la práctica de lecturas históricas de acuerdo con las exigencias de las situaciones actuales. Incluimos a continuación un fragmento del ensayo en el que el autor analiza la relación Central-Provincias, luego de haber efectuado una puesta al día del federalismo beligerante.

[Los años transcurridos desde que Alberdi escribió las Bases (1852) fueron diluyendo la importancia de aquellos antecedentes "federativos" sobre los que imaginara la posibilidad de realización de una República federal. La lista de antec-

ación del sistema educacional y la formación profesional; d) el dirigismo creó un impuesto lógicamente por el desarrollo de ciertos factores propios de la cultura argentina, que impidió que los Estados o partidos que intereses privados o parciales se subroguen por simple razón de desarrollo a intereses sociales o generales; e) la nacionalización de los partidos políticos, o sea la desaparición de los partidos provinciales, habiendo resultado en la creación de partidos super-nacionales que centralizaron, concentraron y abrieron la relación que el estado político, f) "la cuestión social", o sea el aflojamiento de las masas a la vida política excediendo a los marcos tradicionales de los gremios y partidos en organizaciones unificadoras que no solo se limitaron a la representación de los intereses de las élites, sino que abarcaron a la clase media, a las familias numerosas, a las mujeres, a los niños, a la juventud, a los campesinos, a los obreros, a los maestros, a los artesanos, a los agricultores, a los pueblos, a los sectores extranjeros, etc.

A partir de una situación como la aquí descripción (op. cit., 83-84), que se agrava por el hecho nuevo del Imperialismo, Canal Feijóo señala que en este proceso de gran unificación "la cadena delvenir

[Los años transcurridos desde que Alberdi escribió las Bases (1852) fueron diluyendo la importancia de aquellos antecedentes "federativos" sobre los que imaginara la posibilidad de realización de una República federal. La lista de antec-

a Buenos Aires en función de la idea de capitalización, por sus volúmenes físicos, por su posición geográfica, por su mala tradición colonialista y hegemónica por sus "poderes de congestión morbosa", por su extranjerismo, es decir por una suma de aptitudes mate-

¹ En mi libro *De la estructura mediterránea a la modernidad* (1989) se dan datos.

¿Por qué Viedma?

Una cuestión capital

Carlos Reboratti

Hace muchos años que en la Argentina la audacia ha desaparecido en las acciones políticas. Por eso creo que la idea del Poder Ejecutivo para reformar el estado y trasladar la Capital recién ahora, a tres meses de su aparición, comienza en el terreno del debate que se postuló como necesario.

Sucedía que la sociedad argentina se había descostumbrado al intercambio de ideas y se acostumbró, en cambio, a respetar los criterios de autoridad y desacreditar las ideas que no fueran las del modelo de la Capital Federal puede reverdecer la vieja y buena costumbre de polemizar, dado que tiene todos los ingredientes para ello: permite interpretaciones globales y parciales, lecturas coyuontiales y de largo plazo, acepta adivinanzas de maquillajes, manejos o estratagias planificadas. Todo esto se debe a que existe un "proyecto", en realidad lo que se tiene es una idea. Lo que es una gran ventaja: los proyectos en Argentina tienden a adquirir inercia histórica, y son siempre fuertemente respaldados por los que pujaron en ellos esfuerzo e intereses. En cambio, las simples ideas son pasibles de ser derruidas y tienen un definitivo riesgo de tecnicización, el crecimiento industrial no pudo continuar.

Esa crisis múltiple no es el resultado de la concentración sino de querer seguir manteniendo un modelo que ya no es viable. Se podría pensar, incluso, que comienza a generar sus antípodas: el Gran Buenos Aires está despidiendo su ritmo de crecimiento y rápidamente en cambio las ciudades del interior (y las provincias en general) están retendiendo su población. Hay un proceso de descentralización industrial, cuyas bases se podrían afirmar sacándolo del círculo estrecho de la excusión impositiva; hay procesos dinámicos de expansión agropecuaria en muchas provincias.

Creo que la problemática que gira en torno al tema Capital conviene dividirla en tres áreas: una referida a los fundamentos del por qué del traslado, otra a la elección de la Patagonia como su lugar de emplazamiento y otra final, a las consecuencias y las estrategias que rodean al actual Capital Federal y a Viedma como capital de Río Negro. Toda esta argumentación la haremos sobre la base de los discursos presidenciales que se extienden sobre el tema, y algunas ocasionales intervenciones de los que se encuentran directamente involucrados. En realidad, aunque el tema es material escasamente suficiente si lo que se discute es una idea, no se puede discutir un proyecto que no existe, y de allí las primeras confusiones sobre el problema.

La idea del traslado de la Capital Federal como medio para subsanar total o parcialmente los problemas del país es algo que se viene discutiendo desde todos los períodos legislativos de los últimos diez años se han presentado proyectos al respecto. La idea básica es siempre la misma: la Argentina concentra buena parte de su población de su riqueza y de su poder para el desarrollo del resto del país, y para ello pasa en su conjunto al macroesquema, la cabecera de Goliath u otros gobiernos más o menos felices, da siendo muy caro para el "sentido común" de la Argentina. Claro que habría que profundizar un poco en este tema: la configuración espacial de Argentina responde a un modelo de desarrollo correspondiente a un tipo agroexportador, basado en la producción de carne y grano. Desde ese punto de vista, el modelo fue sumamente eficiente: no hay duda que la pampa húmeda es la mejor zona para la producción agropecuaria del país y Bue-

nos Aires su puerto más cercano, y que la concentración era necesaria. Podemos hacer el ejercicio teórico y poco útil de imaginar un país de otra manera en ese momento, pero hay que tener en cuenta una cosa: mientras el mundo funcione la Argentina fue un país próspero y desarrollado para los niveles de la época. El posterior proceso industrial tomó de este modelo de concentración la aglomeración en el litoral, y contribuyó a acelerarlo: la urbanización que acompañó a esta etapa se realizó en la medida en que el desarrollo demográfico de las provincias que habían quedado marginadas al proceso. Yo creo que el problema fundamental está en que el modelo de concentración comenzó a hacer crisis cuando su racionalidad interna y externa terminó: la ciudad central desbordó sus posibilidades de mantenerse como atractivo de migrantes, la pampa húmeda perdió un definitivo riesgo de tecnicización, el crecimiento industrial no pudo continuar.

Esa crisis múltiple no es el resultado de la concentración sino de querer seguir manteniendo un modelo que ya no es viable. Se podría pensar, incluso, que comienza a generar sus antípodas: el Gran Buenos Aires está despidiendo su ritmo de crecimiento y rápidamente en cambio las ciudades del interior (y las provincias en general) están retendiendo su población. Hay un proceso de descentralización industrial, cuyas bases se podrían afirmar sacándolo del círculo estrecho de la excusión impositiva; hay procesos dinámicos de expansión agropecuaria en muchas provincias.

Al Ayudante, el traslado de la Capital a esta búsqueda de un nuevo equilibrio? Evidentemente no, si es un hecho aislado: la centralización administrativa no es lo mismo que la concentración económica. Vamos a ver si el ejemplo de Brasil: el poder centralizado en la capital, en el litoral, aunque en teoría las decisiones políticas se tomen en el interior. El traslado de la Capital, para que sea un motor de cambio real, debe ser acompañado por un cambio en los factores que llevan a la concentración económica, por un plan de desarrollo regional armónico. El federalismo, que es la base del sistema de Viedma, en Tucumán o en Buenos Aires, no es una sola con una mayor distribución del poder de decisión. Incluso se podría pensar que manteniendo el poder económico en Buenos Aires y el poder administrativo-político en Viedma, la situación empararía para el resto de las provincias, lo que querría que sumarle un rubro más en la duda externa para cubrir el costo del traslado.

No hay muchos antecedentes internacionales en los cuales afirmarse: en algunos casos sólo se trasladó el gobierno (Camerún o Brasil), en otros la situación todavía es muy diferente (para mencionar el caso de la Federación Alemana). Quién va a decidir sobre el futuro de Buenos Aires? Es posible inventar una, dos o más provincias, sacando y poniendo piezas de un rompecabezas? ¿Es que una unidad política tiene otros fundamentos y que son los propios habitantes los que tienen que decidir? Parece que el tema es más complejo en este de crear divisiones interprovinciales que en México. Si pensamos que los chilenos nos van a quitar la Patagonia, estamos totalmente equivocados y, en el mejor de los casos, nos equivocamos de enemigo. En realidad Chile ha comprado muchísimo al desarrollo de nuestra Patagonia, cubriendo casi todo el espacio que los trabajos científicos y duros que ningún argentino quiera realizar en la explotación lanera, de petróleo y de carbón, y aceptando recibir a cambio bajos sueldos, desconfianza y desprecio de nosotros, que los dejamos que trabajen pero los marginamos en los barrios más arrancados, escondiéndolos en la selva y en el campo, pero no les permitimos que posean ni un miserable pedazo de tierra. Olvidémonos del viejo mito del enemigo y encaramos realmente el tema de la integración.

Y además otro desafío: ¿por qué eligió Viedma? Echemos un piadoso vistazo de óvulos sobre los argumentos expresados por el presidente, que deben salir al cruce para justificar su posterior la obvia decisión personal presidencial (después de todo, este tipo de tareas es parte de la dura vida del funcionario

abandonada a pesar de sus recursos: en esta región el país ha efectuado las inversiones más importantes de los últimos treinta años, muy por encima de lo que invertió en provincias realmente abandonadas como Catamarca o Formosa. Esto ha generado una activación de la economía patagónica y ha producido —productos y servicios— que las migraciones que en muchos casos han tenido problemas graves para su asentamiento. ¿Cuánto más se debe invertir en Patagonia? Porque en nuestro país, invertir más en un lugar significa invertir menos en otro. ¿Se podría decir hoy que hay que invertir en la Patagonia y no en el noreste, donde hay problemas graves en el manejo de los recursos hidráulicos? O lo contrario, donde también hay problemas graves en la producción y distribución de servicios básicos? Yo no digo que no hay que invertir en la Patagonia: digo que esta inversión debe ser armónica con la del resto del país y que las prioridades deben surgir de la plana global del desarrollo regional, regional y provincial, geopolíticas. La Patagonia tiene una serie de recursos ciertos: energía hidroeléctrica, combustibles, pesca, recursos paisajísticos. Pero ninguno de ellos por sí solo sería capaz de producir un proceso de poblamiento importante: su implementación depende de la instalación de población. Para la mayor parte de la Patagonia el futuro no es agrícola: si la Argentina invirtiera allí en esa producción, pudiendo hacerlo en el resto de las tierras despoblabadas del país que ofrecen mayores posibilidades a mucha menor costo, estaría realmente haciendo lo que el libro dice: a la juventud de la igualdad regional. Desarrollarlos entonces a la Patagonia según sus posibilidades reales y, si surge de un plan coherente y maduro, instalemos allí la capital de los argentinos. Pero tenemos que las decisiones políticas audaces, que tanto bien nos hacen, sean respaldadas por un fundamento sólido.

Nos queda un tema: ¿Qué hacer con la actual Capital Federal y con la capital de Río Negro? Este último es tal vez el punto más positivo de la idea del traslado: inevitablemente Río Negro deberá trasladarse al capital hacia el interior de la provincia, haciendo justicia a un viejo y fundamental reclamo regional, por lo que la cohesión entre las áreas productivas va de decisión política.

Lo de Buenos Aires es más espeso: al poco tiempo de salir a la luz la idea del traslado, los políticos se lanzaron a una vorágine de proyectos sobre qué harán con la Ciudad de la Plata. Los viejos barrios pobreños y violentos que en el centro urbano se distribuyeron de una y mil maneras, y se enfrió en un cambalache de posibilidades como si se tratara de un juego de ingenio y no de una ciudad donde viven 10 millones de argentinos.

Curiosamente, ninguno de estos políticos que no tienen ni siquiera un mecanismo de control político ni existe ningún mecanismo de control político ni existe ninguna forma que se ha probado la Patagonia de la misma forma que se ha probado la pampa o el noreste porque simplemente la naturaleza allí es distinta y no permite un poblamiento denso. Tampoco debemos seguir pensando que si no la poblamos la perdemos: el mundo no funciona más de esa manera; eso fue así porque los países andinos y sudamericanos en su mayoría no tienen el espíritu de cooperación entre los países, que la prensa y los otros medios son responsables, que se reestructuren las relaciones cotidianas entre la gente, etc. Mi hipótesis es que resulta mucho más constructivo pensar en cómo puede la democracia sobrevivir y hacerse más fuerte ante, o mejor "frrente a", una serie de desarrollos o situaciones continuamente negativas en mu-

chos de estos campos.

Necesariamente, el pesimismo debe ser el punto de partida de cualquier pensamiento serio acerca de las oportunidades que tiene la democracia de consolidarse en América Latina. La causa principal de esto es que el sistema es el que promueve los antecedentes históricos. A este respecto, la reciente desintegración de los supuestamente bien arrancados regímenes autoritarios en Argentina, Uruguay y Brasil y el aparente vigor de las nuevas corrientes democráticas en estos países no necesariamente son datos alentadores. La otra causa es la falta de consenso de cualquier régimen político en los países más desarrollados de América Latina es la inestabilidad. Y esto afecta también a las formas políticas autoritarias.

No tiene sentido buscar la causa principal de esta inestabilidad. Su fuerza y duración sugieren que es el resultado de todos los factores convergentes e interrelacionados, desde la estructura cultural y social hasta la vulnerabilidad económica. Del mismo modo, es inútil establecer "supuestos" para consolidar la democracia: esto sólo servirá para montar un esquema completamente utópico orientado a causar todo lo que ha sido característico de la realidad latinoamericana y equívocatoria, por lo tanto, a desear raras constelaciones de hechos favorables,

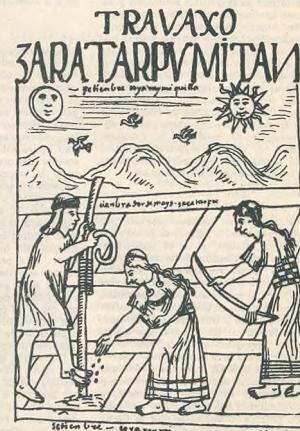
Hirschman: un heterodoxo militante

Albert O. Hirschman pertenece a esa brillante emigración intelectual europea que para subsistir a la tiranía fascista y a la persecución de los nazis buscó refugio en América y en otras partes del mundo en los crueles años de entreguerras.

Esta penosa circunstancia tuvo, no obstante, un efecto revolucionario sobre el curso de la cultura americana y europea, y en especial sobre la evolución del pensamiento social. El exiliado que se consideraba un militante, al circunstancial de estar obligado a vivir suspendidos "entre dos culturas" —como agudamente observó Stuart Hughes en un memorable libro dedicado al tema— favoreció tanto que dificultó la actividad creativa de figuras excepcionales de la cultura. Recordemos que entre ellos estaban pensadores como los que animaron la Escuela de Frankfurt, el marxismo de Gramsci, el análisis social de Talcott Parsons, el pragmatismo de Ernst Bloch, Walter Benjamin o Ludwig Wittgenstein. A estos nombres podemos agregar los de aquellos que anclaron en nuestras tierras, los Mondadori, Treves, Terracini, Sánchez Albornoz, Jiménez de Asúa y tantos otros que no deberían seguir aguardando este estudio generoso y exhaustivo que aún les debe la cultura argentina.

Es la vez de mencionar en el grueso de distinas culturas lo que ha contribuido a darles las preoccupaciones hirschmannianas sobre el desarrollo económico en general, y las vicisitudes de América Latina en particular, ese sesgo inusual que las caracteriza y que hace de él, antes que un economista *in stricto sensu*, un lucido observador de la naturaleza y el funcionamiento de las sociedades modernas. Su libro *Las pasiones y los intereses*, o la *lucha entre la ética y la política* (edición española el siguiente título *De la economía a la política y más allá*), muestran un intelectual destructor de esquemas, a un heterodoxo militante contra la estrechez de mira de una disciplina cada vez más limitada. Evidentemente, en fin, a un hombre preocupado porque el saber se utiliza para ataques más amplios, políticos y sociales, a los problemas que aquejan al mundo y en particular a nuestra América.

J. A.



Acerca de la democracia en América Latina

Albert O. Hirschman

caminos estrechos, avances parciales que podrían dar paso a otros más amplios, y cosas por el estilo. Debemos pensar en lo posible más que en lo probable.

He aquí tres caminos para entremos en pensar cerca de estas cuestiones:

a) Puede ser útil contemplar la posibilidad de una disyunción entre condiciones políticas y económicas que solían pensarse como indispensable ligadas.

Desde la destrucción de las frágiles democracias de Weimar y de la Segunda República Española, que tanto le ha sido considerado asombroso que un determinante de la situación económica sea fatal para una democracia sana. Sin embargo, experiencias más recientes han demostrado que en tiempos históricos diferentes la conexión es mucho menos rigida. Los nuevos regímenes democráticos de España y Portugal, que vieron nacerse con los serios disturbios económicos que siguieron al segundo shock petrolero de 1978 y la crisis mundial 1981-1983. Esta recesión fue particularmente aguda en Brasil, llevando a niveles sin precedentes el desempleo industrial en un país donde la gente vive de la tierra y el comercio, desvirtuando la economía.

b) Se debe también contemplar la posibilidad de avanzar en un estilo que ha llamado "navegar contra el viento". Dados dos objetivos altamente deseables, como ser un respeto puntiloso hacia las instituciones democráticas y una economía que crezca y que sea más inclusiva, es deseablemente recordar que es conceivable que determinada sociedad pueda, en cierto momento, moverse en una de las direcciones sólo a costa de perder algo de terreno en la otra. A condición de que en su momento el movimiento sea revertido. Se puede avanzar al fin en ambas direcciones, aunque en cada momento particular uno se esté alejando de una de las dos metas.

c) No creo realmente que la situación esté tan saturada de dilemas. Aunque no todas las cosas buenas necesariamente van juntas, no parece razonable afirmar que tanto lo hacen. Lo cierto es que un país que ha vivido tanto la vergüenza y el renacimiento de la democracia es difícil que hay muchos otros cambios imaginables, deseables por sí y más fáciles de usar para fortalecer la democracia; pero se encontraría además con que algunos estarían más

No tiene sentido buscar la causa principal de esta inestabilidad. Su fuerza y duración sugieren que es el resultado de todos los factores convergentes e interrelacionados, desde la estructura cultural y social hasta la vulnerabilidad económica. Del mismo modo, es inútil establecer "supuestos" para consolidar la democracia: esto sólo servirá para montar un esquema completamente utópico orientado a causar todo lo que ha sido característico de la realidad latinoamericana y equívocatoria, por lo tanto, a desear raras constelaciones de hechos favorables,

4

La inferioridad que debemos de esta postura va a contrarrestar de una buena parte del pensamiento universal cívico, que es la que ve la democracia como las condiciones necesarias y suficientes del cambio, debemos entremos a nosotros mismos para poder ver desarrollos históricos inusuales, raras constelaciones de hechos favorables,

¿Viejo? liberalismo, nuevo?

Jorge Dotti

"Pero, en lo que hace al liberalismo como movimiento histórico universal, el socialismo es su heredero legítimo, no sólo desde el punto de vista cronológico, sino también espiritualmente, como surge, por lo demás, en toda cuestión de principio que concierne, de cerca o de lejos, a la acción socialista" (Bernstein).

zante estas observaciones sobre el liberalismo como modelo ético capaz de determinar teorías y acciones diversas, no siempre coincidentes e incluso enfrentadas pese a su filiación compartida. Optó por anclar sus posturas en la tradición liberal iniciada por su padre fundador, John Locke. Su benéfica ambigüedad permitió entender cómo no sólo el autoritarismo neoliberal, sino también el socialismo (entendido como profundización de la democracia) heredan componentes ideológicos de ese modelo.

Como expresión de la modernidad, el liberalismo implica no tanto la defensa gótica de los derechos de la soberanía, no negando sobre el consentimiento de los sometidos a ella. Eleva así el acercamiento entre los miembros de toda asociación política a gesto inaugural de lo político mismo. Su presupuesto es el reconocimiento del hombre como titular de derechos inalienables, independientemente de su pertenencia a cualquier orden institucional, donde se reflejan las contradicciones entre el ejercicio de un derecho y la realización de otro dentro de la misma situación.

El antecedente lockeano de esta primera tendencia es su elaboración de un derecho —aunque no irrespetuoso— de su argumentación al respecto.

En los dos puntos siguientes atudo su-

estipula un sistema de valores compartido y previo (lógica y axiológicamente) a las formas pactadas de organización de la vida asociada. Los hombres acuerdan procedimientos para convivir pacíficamente y el ejercicio de la soberanía está limitado a la función de juez imparcial, instancia de apelación neutra y eficaz ante las violaciones de esas normas racionales de convivencia.

Absolutamente coherente con esta misión de garantizar las libertades individuales es, entonces, la intervención del soberano en el ámbito económico toda vez que no hacerlo retrotraería la realidad social a la inseguridad prepolitica. Esta radicalización de la libertad del individuo como sujeto moral acomete tanto en el marco de una plena participación en la toma de decisiones colectivas según reglas racionales de convivencia (democrática), como en el de la búsqueda de igualdad, respetando simultáneamente esos derechos (sociales) mismo.

Es precisamente este la clave de bóveda del edificio liberal. La clave de bóveda de la ética.

1) Ante todo, ella opera como condición de posibilidad de un discurso práctico: fundamenta una ética. Es una ficción epistemológica, una categoría convencionalmente asumida como soporte conceptual de una determinada visión del mundo. En este sentido, para la ética liberal, existe una teoría política y moral, la idea de individuos es tan, o tan poco, abstracta como su antitética, la del animal civil por naturaleza, base del paradigma organicista.

Que un hombre aislado, fuera de su inserción en un actor colectivo de la historia, no distinguiría su comportamiento del de otros animales, es una comprobación irrefutable y, en su genericidad, políticamente muerta. O sea, que la ética liberalista es más allá de esta obviedad. La fuerza (o la debilidad) del modelo organizista reside en los contenidos ideológicos que ese apriori respalda. A saber: la aceptación de ciertas relaciones sociales —históricas y, por ende, contingentes— como absolutas, el anhelo de transparencia total en la sociedad civil (lo bajo estructurado comportativamente) frente a la "naturalidad" del poder centralizado en lo alto; más encima, en el rechazo de la teoría revolucionaria propia de la modernidad: lo político como artificio, como constructo de la voluntad humana.

En este nivel de análisis, digamos, metadiscursivo, no cabe privilegiar ninguna de las fisiones o aprioris trascendentales (individuo, pueblo, clase, nación, etc.) como natural y objetiva, desnaturalizando las otras como abstractas, ideológicas o subjetivas genéticas.

Però tienen también connotaciones prácticas más específicas, y de esta capacidad de representar valores depende la elección que hagamos de una u otra. Con lo cual la cuestión se plantea en un segundo nivel.

2) Ateniéndonos ahora al contenido del discurso liberal clásico, la noción de individuo es bivalente. Su lógica interna genera dos tendencias que se prolongan en modelos contrapuestos: el demócrata-socialista y el neoliberal.

A la primera tiene un carácter esencialmente ético. El sistema democrático, con más razón, una socialista revigorizante.

mercad como orden "natural-racional" y panacea de todos los problemas sociales, en polémica con la idea de justicia distributiva, que juzga equivocada y subversiva. El individuo se transforma así en un concepto-máscara que desfigura las condiciones de producción y consumo que reinan en el mercado creacionista. Obstaculiza la comprensión de la heterogeneidad reincidente entre los miembros de la sociedad, en lo que hace a sus posibilidades económicas y culturales de acceso al desarrollo. Obedece porque ha consentido a dejarse mandar, siempre que se me ordene lo justo, esto es, a la

cintamente al desarrollo de ambos horizontes doctrinarios a partir de la madera lockeano.

II

La gran novedad de Locke es hacer del consentimiento el título de legitimidad exclusivo del dominio político y, consecuentemente, del respeto de las libertades individuales el criterio evaluativo de la acción del soberano. Obedece porque ha consentido a dejarse mandar, siempre que se me ordene lo justo, esto es, a la

liberalismo?

III

El viejo liberalismo combatía la "razón de estado", pilar teórico del autoritarismo. El nuevo, pose a su (sincera) fraseología en contrario, acoge la misma idea nefasta. O mejor, reformula su espíritu bajo la consigna de la incondicionalidad del mercado libre. Uno de sus antecedentes es, por cierto, el tratamiento de la propiedad individual en el *Segundo Ensayo*; pero la lectura neoliberal desdibuja la cinta moral que la noción lockeano lleva expresivamente contenida.

El problema de Locke era substraer a la decisión del principio la génesis de una institución, la propiedad privada, que concierne a las relaciones externas entre los hombres, pese a que estas relaciones parecen no poder prescindir de la espada pública para consolidarse y desenvolverse en paz. Para ello, Locke propone una relación pre-estatal que protege la propiedad individual de la agresión de la propiedad de las formas estatales. Su presupuesto es que Dios entregó al género humano la naturaleza todo como su propiedad, para que la humanidad pudiera cumplir con la ley natural de la autopreservación. Ser hombre equivale así a ser propietario. A su vez, el pasaje de esa propiedad común a la privada corresponde al proceso de apropiación de los objetos de la naturaleza. Al mismo tiempo, tal personaje es la satisfacción que provoca. El trabajo, entonces, justifica la propiedad individual, esto es, el derecho "natural" a excluir del consumo del objeto "trabajado" a todos los demás hombres. Lo cual fundamenta asimismo la instauración de una espada pública para proteger a los propietarios-comodatores. Una vez que el trabajo (que es el trabajo) tiene la virtud de generar capacidades jurídicas; el nexo teórico del hombre con la naturaleza y con otros productores legitima la forma institucional que asumen sus nexos políticos como subditos en un ordenamiento civil. El derecho (instancia del reconocimiento protegido) es posterior a, y dependiente de, el origen de la tierra.

Trabajar significa imprimir al objeto (anteriormente propiedad común de la humanidad) un sello personal, una marca subjetiva que lo distingue y lo hace "privado". El trabajo extiende la relación que el alma tiene con el cuerpo. El objeto en cuanto "producto" lleva un plus respecto de sus rasgos físicos, que transfiere a su dueño un efecto económico y excluyente. El objeto personalizado representa a éstas en lugar de su productor, y puede proclamar ante los otros hombres: no tenéis derecho a consumirme pues soy propiedad privada. Si lo hacéis, os castigaré la espada pública.

El lugar de este proceso fundacional es el "estado de naturaleza", que en Locke asume las características de un sistema sociopolítico que no necesita configurarse sin necesidad de la intervención del soberano. En virtud de la lógica misma de la propiedad surgen "naturalmente" el dinero, el salario, la herencia; brevemente: el mercado capitalista como dimensión de la única convivencia racional posible.

IV

En Locke los dos perfiles argumentativos (el moral y el económico) se compatibilizan sin mayores tensiones. El punto que da origen al estado tiene como finalidad la protección de la propiedad, y esto significa garantizar a cada individuo como sujeto moral una *vida digna* en un sentido más amplio que el meramente económico.

llo de imperfecciones y errores, pero respetuoso de la ley y de la voluntad ciudadana, así como capaz de insospicadas iniciativas. Un gobierno a veces vacilante y responsable de errores infantiles, pero que muchos —la mayoría de ellos, adversarios de las izquierdas— percibieron y perciben como peligroso. Un gobierno, en fin, con problemas que a menudo derivan de su propia incapacidad, pero también amenazado desde las sombras y, a veces, desde las bombas— por los enemigos de la democracia.

¿Cómo situarse con respecto a esa novedad? Es ésta, al mismo tiempo, la pregunta clave de la izquierda democrática y el síntoma revelador de una de sus más serias carencias. Constituida, como todas las izquierdas, de acuerdo con los cánones de una cultura contestataria, de crítica, de cuestionamiento y, por ello mismo, predisposta a atribuir a todo conflicto social o político su signo de revolución. Sin embargo, esas ideas que para una parte representan de hecho el rechazo total del régimen democrático que ahora la valoriza y, por otra, en tanto goberno "partidario", carece de filiación socialista y además comete errores, dicha izquierda descubre con cierta irritación que si halla ideológicamente mal preparada para adoptar una línea política coherente y fundamentada.

De allí tres actitudes posibles: en bien opta por rehuir la lucha, las costumbres históricas y condones en el gobierno democrático ("demonstrando", por ejemplo, la esencia burguesa y pro imperialista de este último); o bien, al contrario, se sueña a adoptar una adhesión sacrificada e incondicional a dicho gobierno; o bien, finalmente, asume una razonable posición intermedia y como sucede, aprueba lo bueno con el mismo vigor con que critica lo malo.

Las tres primeras posiciones son manifestivamente ineptas, simples productos del sectarismo o de la pereza política. La tercera parece —y hasta cierto punto es más sensata: tiene al menos el mérito de no estar atada a ningún dogmatismo. En los hechos, sin embargo, sufre de una desmarcada insuficiencia⁴ consistente en el hecho de que no dispone un criterio claro, tanto para ejercer la crítica al gobierno como para no ejercerla. La tercera opción es la que más cerca de la abstención de la izquierda. Nuestra hipótesis es que esa cercanía se debe esencialmente al hecho de que la izquierda democrática argentina no ha logrado articular productivamente a su tradicional cultura contestataria una (nueva) cultura del orden. Es esa hipótesis la que intentaremos explorar y desarrollar en lo que sigue.

I. Cultura política y consolidación democrática

Una modalidad difundida y prestigiosa de aborlar el tema de la cultura —en particular de la cultura popular— es aquella que se preocupa por detectar, en sus diversas manifestaciones, elementos o aspectos que constituyan un criterio de juicio que permita evaluar la cultura en su más ampliamiento, el régimen sociopolítico dominante. Sin embargo, ante reconociendo su legitimidad e incluso su mayor interés no es ése el enfoque que adoptaremos en estas notas.

En efecto —previsiblemente, dado lo antes expuesto— a una perspectiva que, como la que acabamos de mencionar, se interesa sobre todo en las prácticas de resistencia sustituirnos una perspectiva que, al contrario, se interesa sobre todo en las prácticas (o preoccupadas por) del orden —es decir, la estabilidad, el funcionamiento ajustado de las instituciones, en suma, los mecanismos y dispositivos que hacen a la consolidación de un régimen social y político determinado.

Por cierto, una opción de este tipo, aunque no renuncia para si ningún privilegio de principio, requiere un considerable número de —digamos— aclaraciones preventivas. En este caso, sin embargo, sólo insistiremos en la necesidad de tener en cuenta que lo que lejos de tratarse para nosotros de una opción ideológica conservadora, «como erróneamente podría darlo a entender el empleo de la palabra "orden", se trata al contrario de una opción que pone en valor y privilegia el cambio, la renovación, la invención cultural, contra el carácter a menudo repetitivo, ritualista y efectivamente conservador de ciertas prácticas culturales populares».⁵

Sin esta nuestra intención sea reducir, sino sintetizar, podemos agrupar los principales temas a desarrollar aquí en dos grandes rubros: el primero remite a la concepción del orden que se tratará de promover; el segundo, a la específica incidencia de las "prácticas culturales" en dicha promoción. Es superficial señalar que ambas cuestiones están estrechamente relacionadas.

Entendemos que, a parir de lo dicho en la introducción, puede despuéar un primer atisbo del exacto sentido de nuestro interés por la cuestión del orden. No obstante —sobre todo para ese reactivizado espíritu de crítico inquisitorial al cual la simple mención del tema provoca en virtud de su asociación con las izquierdas— es prudente no aclarar algunos puntos.

Una copiosa bibliografía nos ha enseñado que el orden social es siempre el producto de la combinación, en doble variante, de la represión física, la intimidación

(o, mejor, el "poder") en el sentido que Michel Foucault da a este término⁶ y el consenso. Nos interesa indagar a este último, no sólo porque en un gobierno democrático no se tortura ni se persigue a los ciudadanos en virtud de las ideas políticas que profesan, sino también, y ante todo, porque en el marco de una reflexión interesada en el tema del tránsito a la democracia se entronca entonces una suerte de "provincia" de la vida social.

2) Otra vez, sin embargo, que ese enfoque no siempre es consciente consigo mismo y es justamente sobre esa inconscuencia que quisieramos, por así decir, tratar.

Los investigadores sociales no dejan de percibir, a veces confusamente, que en ciertas pautas de comportamiento, ciertas modalidades de encarar y ordenar las actividades cotidianas, se manifiestan ciertas actitudes, ciertas constantes en la manera de concebir y vivir la amistad, el trabajo, las relaciones familiares, el dinero, el ocio, etc., los grupos sociales y, a menudo también, las sociedades globales revelan "estilos", "maneras", "cánones" (y el empleo de este vocabulario estético, no es fortuito) a los que parecen difícil no de adaptar a culturas. No hay en efecto ninguna razón para que las personas de un grupo social o de un grupo o una sociedad hayan de estar confinados a sus diseños (literatura, poesía, leyendas, mitos, etc.) en sus objetos (artísticos o artesanales) o en sus ritos, y excluido de sus formas de actuar, de decidir, de conducirse.

En todo caso, es en base a una línea de argumentación como la expuesta que va tomado forma y consistencia una concepción que llamaríamos "ampliación de la cultura": concepción que asume la cultura como una actividad social que une a las personas de "entidades" que tienen un tipo específico de fenómenos de sentido, de hechos de significación, cuyos soportes materiales serían en principio muy variados —o, en todo caso, no podrían ser delimitados *a priori*. «En qué consistiría la especificidad de esas significaciones?». En el hecho de que ellas tomadas "en conjunto", constitutivas —el sentido fuerte de esta última palabra es idéntico al de la "cultura"—, no se contradicen. Dicho en términos más simples, a través de sus producciones culturales, un grupo social, una clase, una formación social se reconocerían como tales —ante si mismos y ante otros colectivos sociales— y harían valer permanentemente, mediante los múltiples "mensajes" que vehiculan su ate, sus estímulos, sus creencias, sus emociones, su modo de pensar, etc., este sentido identitario. En lo que sigue procuraremos atenernos a esta definición "amplia", y centrada en las identidades sociales, de la cultura.

Dicho esto, sin embargo, como primera medida preventoria hemos de advertir que, al caracterizar a lo cultural como un tipo particular de fenómenos significantes, nos internamos en un dominio de análisis potencialmente muy rico, pero también muy complejo. Es tan fácil caer en ese dominio como difícil sacar de él. Una de las causas de la dificultad (o de lo que se percibe) no obstante es complejidad y por razones de espacio, nos limitaremos aquí a clacular un punto indispensable para nuestra argumentación.

Uno de los aportes menos discutidos —y hoy ya casi panal— de quienes dedican sus esfuerzos al estudio de la producción social de las significaciones es el haber demostrado, contra aquellos aún aferrados a la ilusión de la unicidad y la transparencia del sentido, que un elemento central de la cultura es la dimensión comunicativa, además de su significación "lúdica", una multiplicidad de significados segundos. Los análisis y debates sobre los mecanismos de la implicación (la presunción, el subentendido, la connotación) han forjado herramientas útiles para explorar ese dominio, de modo tal que no podemos considerarlos del todo desmedidos en su aplicación. Ya es una cuestión de menor sentido considerar el saber que traen una pregunta que se plantea: ¿cómo somos vistos? o de menor sentido, como el saber que traen una pregunta que se plantea: ¿cómo nos vistieron?

Retomando ahora el problema que dio lugar a esta argumentación, nos interesa recordar que lo que queremos hacer vale aquí, y alrededor de la cual hemos de centrar la cuestión de las prácticas culturales, remite esencialmente (como era de esperar) a la temática de las reglas constitutivas. O sea —para volver a precisar el sentido de nuestra reflexión— que estamos pensando en el "orden" político con arreglo a pautas que en modo alguno tienen que ver con la defensa del "status quo-perpetua-la-dominación" ni con nada semejante; en un orden que sostiene su legitimidad en el hecho de admitir y hacer viable la posibilidad de ser cambiado, tanto en aspectos secundarios como de fondo. El orden, en fin, nada narcisista, nada subyugado por su propia imagen y, por lo tanto, siempre abierto y dispuesto, si fuera preciso, a renovarse a sí mismo.

Ahora bien, y con esto abordamos el segundo de los problemas mencionados páginas atrás, —cómo dar un contenido no banal y suficientemente preciso a la idea de una "práctica cultural"—, otra cosa, que en tanto que habla alcanzado en los niveles anteriores niveles de altura— implicó la puesta en obra de un conjunto de medidas económicas que no expondremos aquí, con la excepción de dos de ellas particularmente apropiadas para ilustrar nuestro razonamiento. Nos referimos a la creación de la nueva moneda, el austral (equivalente a mil pesos argentinos), y al conglomeramiento de precios.

Algunas de las consecuencias de estos cambios se orientó hacia la promoción de un orden concebido en los términos aquí expuestos? Para responder a esta pregunta son necesarias algunas indicaciones previas:

1) En la mayoría de los análisis sociológicos y antropológicos el concepto de cultura tiende a ser

definido en términos que remiten a un conjunto empíricamente recortable de objetos, de rituales, de formas objetivadas de expresión artísticas y, en general, simbólicas (por ejemplo, la música, la literatura, la poesía, los mitos, etc.). De acuerdo con este punto de vista, la cultura se entronca entonces una suerte de "provincia" de la vida social.

2) Otra vez, sin embargo, que ese enfoque no siempre es consciente consigo mismo y es justamente sobre esa inconscuencia que quisieramos, por así decir,

tratar. Con la creación del austral se verificaba por tercera vez en poco más de quince años un cambio del signo monetario argentino. Parece que en uno de los ocasiones anteriores ese cambio había tenido efectos inmediatos en lo que podríamos llamar la "relación lingüística" de la población con el dinero. Incluso hasta la fecha del lanzamiento del Plan Austral, mucha gente seguía utilizando las designaciones usuales previas a la principal reforma de la moneda (o sea "hablaba en pesos viejos"). De acuerdo con este caso, mucho tiempo antes de que el nuevo signo monetario adquiriese una existencia tangible a través de la impresión de billetes y la acuñación de piezas de moneda, un amplio sector de la población no sólo utilizó de inmediato el término "austral", sino que también empezó a efectuar sus cálculos de acuerdo con la nueva equivalencia monetaria. Este poco esperado comportamiento lingüístico fue interpretado —con razón— como una muestra de aprobación al plan y también como manifestación implícita de un desejo efectivo de que tuviera éxito.

b) Por otra parte, en tanto que se generó el efecto de los precios, al que se considera más tarde, del esperado descenso de la inflación, dio lugar a comportamientos colectivos que expresaban una masiva disposición a colaborar con la nueva política económica (control del comercio minorista, denuncia y boicot de los comerciantes que no respaldas la pauta fija), incluso bajo deliberada de algunos precios, etc.;

c) Se dio, por último, el caso de personas que, a pesar de haber expresado discrepancias con las medidas dispuestas por el Plan, manifestaron su esperanza de que éste no fracasaría en su voluntad de colaboración con el resto de los sectores productivos.

Algunos de los argumentos que apoyan esta tesis son manifestivamente ineptas, simples productos del sectarismo o de la pereza política. La tercera parece —y hasta cierto punto es más sensata: tiene al menos el mérito de no estar atada a ningún dogmatismo. En los hechos, sin embargo, sufre de una desmarcada insuficiencia⁴ consistente en el hecho de que no dispone un criterio claro, tanto para ejercer la crítica al gobierno como para no ejercerla. La tercera opción es la que más cerca de la abstención de la izquierda. Nuestra hipótesis es que esa cercanía se debe esencialmente al hecho de que la izquierda democrática argentina no ha logrado articular productivamente a su tradicional cultura contestataria una (nueva) cultura del orden. Es esa hipótesis la que intentaremos explorar y desarrollar en lo que sigue.

i) El sentido más obvio de esas conductas era claramente utilitario: la disposición positiva de la gente con respecto al Plan y el deseo de que sus resultados fueran exitosos obedecían simplemente al hecho de que se suponía que sus consecuencias económicas serían beneficiosas.

En cambio, en tanto que se trataba de la expectativa y predisposición a respaldar toda medida que probaba que el gobierno democrático era capaz de evitar y superar el caos (para el caso, inflacionario) y sabía, llegado el caso, ejercer la autoridad sin abdicar de la de la democracia.

El sentido segundo es, si se quiere, el reverso del anterior: expresa simplemente nuestra certeza —sabiduría, pero no arbitrariedad— de que el Plan Austral jamás habría suscitado bajo una dictadura militar la adhesión que obtuvo con el gobierno democrático. Por cierto, carecemos de antecedentes probatorios en la materia, pero no de alguna ilustración más que sugerente.

Recuérdese, por ejemplo, y para atenernos a las últimas declaraciones del llamado "Empresario 9 de julio", debido a la iniciativa de un nivel gubernamental que, sin duda, es de gran importancia. Allí figura, entre otras cosas, la medida que —a pesar del masivo apoyo público que recibió— se salió con un resonante fracaso en lo que a adhesión popular se refiere. Y ello ocurrió bajo el régimen militar autoritario, disfrazado de gobierno constitucional, que derrocó al presidente Arturo Frondizi en 1962.

En fin, pues, la demanda de orden no es necesariamente una demanda antidependencia y antipolítica, es más bien un atractivo presente, con sólo alguna anarquista excepción, en toda cultura política.

Es admisible que la expectativa

de que se trataba de una demanda de orden político no permanezca en el tiempo, o en el olvido.

Tarea exigente, nada "conformista" ni mucho menos "resignada": tarea de imaginación política y de inventiva cultural a la que no nos cabe sustraernos.

En lo que respecta a América latina, y particularmente al *Cono Sur*, se impone mencionar los valiosos aportes —en gran medida pioneros— de Norbert Lecher.

2) Desearía que se atribuyera al adjetivo "progresista" el sentido más amplio posible.

3) Véase las referencias de Marx y Engels a las exigencias "de tipo" de proceso de producción y al papel de la autoridad y disciplina.

4) Algunos de los que se oponen a la revista *Indert* —sea dicho sin desmerecer sus valiosas aportes a una discusión honesta y necesaria entre socialistas y personas democráticas—, creen perjudicial el excesivo cercano de esas críticas culturales. Sobre dicha revista, véase la reseña de Carlos Almárraga en este mismo número.

5) Para el infaltable perseguidor eurocentrista, señalemos que no me refiero sólo a la crisis de la ciencia marxista europea, sino a la crisis de la ciencia marxista en general, y no sólo de los campos de concentración soviéticos, sino también a revisiones y propuestas originales provenientes de importantes sectores de las izquierdas latinoamericanas (en Chile, México, Venezuela y Brasil, para mencionar sólo algunos casos).

6) Preciso es recordar que esa cercanía es similar a la que, a menudo, afecta al propio gobierno, en lo que hace referencia a la definición de sus interlocutores y de sus adversarios.

7) Quisiera señalar que, verdadera o falsa, dicha hipótesis no es inmotivada: remite a una comparación casi forzada por la experiencia entre Argentina y México. Comprobar que este tipo de actitud es típico de las instituciones estatales mexicanas es de gran importancia.

8) Para el infaltable perseguidor eurocentrista, señalemos que no me refiero sólo a la crisis de la ciencia marxista europea, sino a la crisis de la ciencia marxista en general, y no sólo de los campos de concentración soviéticos, sino también a revisiones y propuestas originales provenientes de importantes sectores de las izquierdas latinoamericanas (en Chile, México, Venezuela y Brasil, para mencionar sólo algunos casos).

9) Incluso algunas juergas, con razón, como de resistencia: la defensa de ciertas formas de religiosidad, de determinados hábitos ligados a la práctica institucional del fútbol, etc. Véase sobre el particular los trabajos de Martína Chau.

10) En su artículo "The subject and power", 1982.

11) Véase Juan Carlos Portantiero y Emilio de Iglesias: "Crisis social y pacto democrático", en *Punto de Vista* n.º 21, agosto 1982.

12) Lo que, evidentemente, no significa que sean inmodificables ni que impidan la irremediable exclusión de los "excentrados" y los "exiliados".

13) Véase Elio Verón et al.: *Discursos sociales y democracia*, proyecto de investigación (mimesis), París, 1985. Ses dicho de paso, las consideraciones hechas sobre el Plan Austral son precisamente las que se realizan meses de aplicación del mismo. Se ha perdido la mejor etapa de desarrollo. Permitenos, sin embargo, recordar que el efecto de la inflación ha sido destruir las bases de la economía y la sociedad.

14) La Ciudad Futura es de acuerdo a la cuestión de la "defensa de ciertas formas de religiosidad, de determinados hábitos ligados a la práctica institucional del fútbol, etc. Véase sobre el particular los trabajos de Martína Chau.

tentativa de retroceso autoritaria?

Hemos aquí de reconocer que no estamos en condiciones de dar una respuesta completa y definitiva, porque también que dudamos de que ese tipo de respuesta (por si o por no) sea válido. Pensamos sin embargo, con la cuota de inseguiridad de una *doxa* que se asume como tal, que efectivamente, para un gran sector de la población, el apoyo al Plan Austral fue percibido y asumido como un modo de secundar y defender al orden político democrático. Sin duda, no podemos "demostrar" el efecto de secundar y defender al orden político democrático, sin embargo, si podemos exhibir los índices que apoyan la hipótesis de que quisieramos, por así decir, tratar.

Dos de esos índices nos parecen significativos: en primer lugar, el hecho de que el apoyo al Plan fuera, además de activo y resuelto, inmediato, a pesar de que su anuncio y lanzamiento causaron inquietud sorpresa en todo el mundo. La conclusión que de ello se impone es, en nuestra opinión, clara: el Plan fue a la vez sorprendido y percibido como un movimiento de protesta y resistencia que, a su vez, generó una respuesta de incrementación sustitutiva de la descentralización política-administrativa y de la participación ciudadana, todos y cada uno de los ámbitos de la vida pública aparecen comprometidos en la exigencia de cambios, reestructuraciones, reformas, actualizaciones convergentes hacia el objetivo común de inventar la democracia al mismo tiempo que se la consolidó. Nada más extraño, para un reto que se presenta como el de transformar en proyecto conservador que el programa que nos exige el alianzamiento del orden democrático.

Permita que asumamos una perspectiva socialista. Puesto que en efecto corresponde a nuestra exigencia de lucidez el saber ejercer la crítica allí donde ella se impone (allí, por ejemplo, donde el gobierno democrático asciende a su doble papel de garante de la continuidad y de representante de las demandas del gobernado popular —papel, si se quiere, a la vez de Key o de Primer Ministro—, confunde a veces las cartas y nos confunde. Y sobre todo, corresponde a nuestra vocación de hacer valer la tesis de que una mayor y cada vez más profunda igualdad social es también una condición necesaria para la consolidación de la democracia. En el nivel más alto gubernamental, se ha señalado la necesidad ésta de consolidar la democracia en el interior, en el llamado "Alarcón". Allí figura, medida que —a pesar del masivo apoyo público que recibió— se salió con un resonante fracaso en lo que a adhesión popular se refiere. Y ello ocurrió bajo el régimen militar, disfrazado de gobierno constitucional, que derrocó al presidente Arturo Frondizi en 1962.

El sentido segundo es, si se quiere, el reverso del anterior: expresa simplemente nuestra certeza —sabiduría, pero no arbitrariedad— de que el Plan Austral jamás habría suscitado bajo una dictadura la adhesión que obtuvo con el gobierno democrático. Por cierto, carecemos de antecedentes probatorios en la materia, pero no de alguna ilustración más que sugerente. Recuérdese, por ejemplo, y para atenernos a las últimas declaraciones del llamado "Empresario 9 de julio", debido a la iniciativa de un nivel gubernamental que, sin duda, es de gran importancia. Comprobó la necesidad ésta de consolidar la democracia en el interior, en el llamado "Alarcón". Allí figura, medida que —a pesar del masivo apoyo público que recibió— se salió con un resonante fracaso en lo que a adhesión popular se refiere. Y ello ocurrió bajo el régimen militar, disfrazado de gobierno constitucional, que derrocó al presidente Arturo Frondizi en 1962.

En fin, pues, la demanda de orden no es necesariamente una demanda antidependencia y antipolítica, es más bien un atractivo presente, con sólo algunas excepciones, en toda cultura política.

2) Desearía que se atribuyera al adjetivo "progresista" el sentido más amplio posible.

3) Véase las referencias de Marx y Engels a las exigencias "de tipo" de proceso de producción y al papel de la autoridad y disciplina.

4) Algunos de los que se oponen a la revista *Indert* —sea dicho sin desmerecer sus valiosas aportes a una discusión honesta y necesaria entre socialistas y personas democráticas—, creen perjudicial el excesivo cercano de esas críticas culturales.

5) Quisiera señalar que, verdadera o falsa, dicha hipótesis no es inmotivada: remite a una comparación casi forzada por la experiencia entre Argentina y México. Comprobar que este tipo de actitud es típico de las instituciones estatales mexicanas es de gran importancia.

6) Incluso algunas juergas, con razón, como de resistencia: la defensa de ciertas formas de religiosidad, de determinados hábitos ligados a la práctica institucional del fútbol, etc. Véase sobre el particular los trabajos de Martína Chau.

7) En su artículo "The subject and power", 1982.

10) Véase Juan Carlos Portantiero y Emilio de Iglesias: "Crisis social y pacto democrático", en *Punto de Vista* n.º 21, agosto 1982.

11) Lo que, evidentemente, no significa que sean inmodificables ni que impidan la irremediable exclusión de los "excentrados" y los "exiliados".

12) Véase Elio Verón et al.: *Discursos sociales y democracia*, proyecto de investigación (mimesis), París, 1985. Ses dicho de paso, las consideraciones hechas sobre el Plan Austral son precisamente las que se realizan meses de aplicación del mismo. Se ha perdido la mejor etapa de desarrollo. Permitenos, sin embargo, recordar que el efecto de la inflación ha sido destruir las bases de la economía y la sociedad.

13) Véase, "Una constitución para la democracia", Portantiero. Portantiero

Lectura a contrapelo

Perfiles de un presidente

Desde una perspectiva no radical, el perfil del Dr. Alfonso durante la campaña electoral podía caracterizarse como cauto y esperanzado, sobrio en la retórica y en las promesas. El preímbulo de la Constitución, repetido en los actos de la campaña, acataba un programa mínimo que no podía asombrar a nadie como novedoso, aunque si como inusual en las costumbres político-institucionales de los últimos decenios. La redacción del preímbulo, que debía servir para fijar, comprendiendo de memoria para acompañar al candidato, comprometía con la Constitución, el sistema republicano, el federalismo, la igualdad ante la ley. Era no sólo una oración laica sino también el rescate de un puñado de principios básicos de convivencia, cuyo atropello alimentó las ensañaciones autoritarias de las dictaduras militares.

El programa constitucional

El candidato aparecía entonces como un hombre dispuesto a asegurar el marco formal de las instituciones democráticas. A diferencia de algunas líneas de su partido, prometía además sensibilidad frente a los graves problemas de los sectores marginados. Finalmente, una política respecto de los represores mili-

trata de los que se consideran enemigos de la patria. Estos puntos eran centrales en su programa, no puede dudarse de que los haya respetado y, en la medida de sus posibilidades, cumplido. Muchos argentinos que nos habíamos iniciado en la vida política a fines de los años cuarenta, molviamos con la idea de que el presidente era un entusiasta con el cual escuchábamos el discurso presidencial que disponía el enjuiciamiento de las juntas militares. Era la primera vez, en nuestra experiencia política, que se cumplía un punto decisivo del programa con el que años atrás había alcanzado el voto popular. La memoria histórica permaneció en el entusiasmo flameante y perdurable que fue comparado con los horrores de la represión militar, pero era precisamente aquello a lo que se había comprometido.

La acumulación de mensajes

Pero al mismo tiempo, el Dr. Alfonsín cambiaba un discurso relativamente tradicional y previsible, aunque sincero e convincente (en la medida en que estaban pidiendo), por uno más abierto y más hablador que priorizaba lo que (tuvieran), para intervenciones más locutivas sobre el presente y el futuro institucional argentino. Pasábamos de una era de escasos mensajes o de mensajes repetitivos, a la de consumos simbólicos acelerados. (Este consumo rápido de propuestas no se realizó sólo en el espacio de los gobiernos sino también en el de los gobernantes, incluido el propio Dr. Alfonsín).

Però el conjunt d'aspiracions relativament mòdiques enunciades per el canviàtio y cuyo *let moy* eren les palabras del preàmbul, del parecen recibir un èlan con el triomf del setembre. No que, com el Dr. Alfonso, ni no incorporar es una tradicional qualitat a su estile, sigui conservando una fuerte tensió ètica.

es que se exageraron nuestras promesas, sino que se agrandaron nuestras posibilidades de futuro. Se llega así al período ordinario del Congreso, primero en diez años, con idea agitada por el Presidente que el año 2000 nos presentaremos ante las grandes naciones de la tierra. Alarma hasta el punto del Dr. Alfonsín, precisamente la apariencia de un tópico que después de la derrota de Malvinas debió ser desterrado de la fantasía política argentina: «que la gente nuestra nunca demostrad grandeza, aderezado con la creencia de que nuestro pueblo es uno de los mejores del mundo».

Beatriz Sarlo

ría en la base de una reforma de las costumbres políticas.

De todos modos, el discurso de Pío Noreña quedó poco después sumido en la más amplia consigna de reforma del estado. En este punto, el voluntarismo admirable del Presidente pasó por una prueba de fuego: puesta en circulación la idea de un primer ministro casi contemporáneamente a los sucesos que amenazaron la estabilidad del Tróccoli (que en cualquier país, presidencialista o parlamentaria, ya estaría escribiendo sus memorias) y otros anagramas como el de la "gerencia" o "el primer ministro como pieza móvil en la negociación política, como balancín de las crisis, como polea entre el Presidente y el parlamento, aprücamiento minada por una luz fantástica".

No era sensato, en medio de una feroz crisis económica potenciada por la inflación, cuando el Ministerio de Economía era blanco de pujas internas que sólo se resolvieron meses después, cuando el peso del servicio de la deuda jaqueaba las posibilidades de crecimiento, amenazada también por una burguesía miserable y

avida de ganancias, dispuesta siempre a socializar sus pérdidas, no era sensato, efectivamente, pensar que, frente a la Argentina, se abría otro futuro diferente al de una mediocridad que, en el mejor de los casos, podría tener como compensación altos niveles de educación y salud; servicios igualitariamente distribuidos; proyectos, incluyentes hasta hoy tanto entre radicales como entre peronistas, de reforma del poder económico: grandes cambios en un país pequeño. Todo mecañor citar una vez más su futuro de grandez tan improbable como engañoso.

La cuestión militar, aún irresuelta en la Argentina, puede convertirse en un temible disparador de problemas y colocar límites muy estrechos a la expansión de la democracia en esta sociedad (en principio, porque la institución militar prima sustrae al control democrático, resguarda su secreto y no somete a evaluación pública sus objetivos y programas). Es insensato no pegar al perro cuando se lo tiene en el agua. Con los militares no se trata sólo de una cuestión de principios sino de supervivencia. Y, por supuesto, se trata de la supervivencia de la democracia.

El plan austral y la enjuta pero laboriosa descripción que el ministro de Economía (asimilada por las encarnaciones de hibiles karacteres como Cantriel), dentro, por razones de coherencia interna, el tema de la grandeza del discurso presidencial. Comenzó la época de las facetas. A su vez, se inició la etapa en la cual iban formándose las expectativas que debían fomentarse. El Presidente había, en abril del año pasado, prometiendo sacrificios frente a una Plaza de Mayo que, naturalmente, no percibía exaltante el pronóstico. El realismo es siempre sombrío.

atribuya injustamente mala fe al Presidente de la República, le asiste el derecho a preguntarse por qué esta inestable proliferación temática, por qué este exceso de propuestas generales que van desolajándose unas a otras y disputando por algunas semanas la luz del proscenio político, para ser rápidamente consumidas sin fundirse realmente en el debate público. Decíamos al principio que la abundancia de sentidos es propia de la democracia. Ello no significa, sin embargo, que el Presidente deba considerarse como único responsable de alimentar esa abundancia.

Es posible que todavía la sociedad no esté en condiciones de competir con la celeridad de iniciativas presidenciales. Es probable que los primeros mensajes de democracia y solidaridad emitidos por el Dr. Alfonsín, cuando todavía era el candidato de su partido, deban ser profundizados en todas direcciones, descubriendo el sentido de una sociedad igualitaria. Una salvable superficialidad acecha a las propuestas del ejecutivo que no tiene medios para difundirlas ni siquiera en las filas de su propio partido.

Junto con la democracia hemos aprendido el valor de lo simbólico, sin que esto debe transformarnos necesariamente en mitólogos. La voluntad de simbolizar no implica un fuerte rechazo de la propuesta que la sociedad no termina de asimilar, ni de comprender en sus prioridades o su orden. También lo simbólico debe sintonizarse con las necesidades materiales de la sociedad argentina, para disminuir injusticias insultantes. Pensamos, sin duda, en una riqueza de temas con sentido horizontal y vertical, pluralista y conflictiva al mismo tiempo, y en la figura de un Gran Encuentro que dé forma acertada o, a nuestros deseos.

10. The following table summarizes the results of the study. The first column lists the variables, the second column lists the descriptive statistics, and the third column lists the results of the regression analysis.

the first time in the history of the world, the people of the United States have been called upon to decide whether they will submit to the law of force, or the law of the Constitution. We consider the contest as open, and are prepared to meet it at any point.